



SUMARIO

Revista general.	El Dr. Fausto.
ERRORES POPULARES:	
Pedagogía.	B. Perez Galdós.
El mal de ojo y la tia Juana.	Dr. Benavente
PRECEPTOS DE LA CIENCIA:	
El mes de Mayo.	Dr. Tolosa Latour.
Á mis hijos. — La piedad filial.	Dr. Alonso Rubio.
Educación moral de la infancia.	Luis Vega-Rey.
Mis dos tesoros.	C. Rodríguez Pinilla.
JUNTO Á LA CUNA:	
El amor maternal.	Dr. Gonzalez Encinas.
Dulces lazos.	José de Echegaray.
El dolor.	A. Rafael de Poó.
Mimitos.	Un padrazo.
CUADROS REALES:	
La muerte de Napoleon.	J. Ortega Munilla.
En un bazar.	Emilio Zola.
BENEFICENCIA:	
Congreso protector de la infancia.	Concepcion Arenal.
Cartas á un diputado sobre el Hospicio y los hospicianos.	Manuel de Tolosa.
Los niños en el teatro.	J. Perez Zúñiga.
PENSAMIENTOS Y FRASES.	
(Alfonso Daudet.	
Federigo Froebel.	
Madame Stael.	
DICHOS Y HECHOS.	
Publicaciones recibidas.	
Correo. Anuncios. (Véase la cubierta.)	

REVISTA GENERAL

El correo trae diariamente, con la impasibilidad acostumbrada, revueltas en su ventruda balija las noticias más diversas, los hechos más contrarios,

AÑO I. — Mayo, 1883

que muchas veces pasan desapercibidos ante nuestros cansados ojos como esas cartas sin interes personal que abruman el bufete de un hombre de negocios, ocupado y despreocupado.

Hé aquí la causa de leerse escuetas, frías, sin comentarios ni reflexiones, muchas enormidades espantables, no pocas acciones heroicas que, encajonadas al final de una columna entre dos plecas y acaso borrosas, no son leídas por el público en general, mientras tanto que con llamativos epígrafes, primores de estilo y sendos equilibrios de ingenio se comenta en artículos llamados de fondo las cosas más superficiales é insípidas de la vida política.

¿Qué importa que en Nueva York exista un indigno tráfico de niños, vendiéndose éstos con ménos pudor que en China, y existiendo para escarnio de la caridad verdaderas sociedades que pensionan á algunas mujeres para que crien criaturas con biberon, y se dé el caso de que para cobrar presenten un pequeño cualquiera?

¿Qué se podrá decir de un regimiento que adopta un niño abandonado, ni qué frases se pueden hacer ante el generoso desprendimiento de un abogado de París, que deja un capital para que con sus intereses se compren juguetes á los niños pobres?

¿Tiene algo de extraño que una señora de nobilísimos sentimientos emplee gran parte de su fortuna de tal y tan benéfica manera que los pueblos, por boca de sus Ayuntamientos y Diputaciones, pidan sea grande de España quien demuestra tal grandeza de corazon?

Fueran los hechos citados veleidades de algun

Núm. V

político á la moda, tratárase de algun histrión, funámbulo ó cosa parecida, y veríamos qué sendos artículos ostentarían los principales periódicos en sus columnas...

Sin embargo, unámonos unos cuantos y regocijémonos de todo lo que redunde en beneficio de la humanidad; no olvidemos el nombre de doña JOSEFA LAMADRID y MANRIQUE DE LARA; pronuncie-mos cariñosamente en voz baja los de otras nobles bienhechoras, cuya modestia lastimaríamos nombrándolas, y prosigamos nuestra tarea sin importarnos un ardite las miserias contemporáneas que no sean hijas de la desgracia.

En este mismo número reseñanse con detalles lo que arrojó la publicidad de más interes para nosotros; esperemos pues cada día la prensa, que, aunque distraída por necesidad es noble por instinto, al fijarse algunas veces en lo justo hace suyas las causas de los desvalidos; dígalos si no la campaña emprendida en favor de los asilados del Hospicio de que nos estamos ocupando con especial detenimiento, y hablen en favor de escritores tan ilustrados como populares los preciosos artículos que con frecuencia publican en los periódicos de más circulación.

* * *

He hablado de niños que tendrán juguetes merced á la munificencia de un su amigo, y esto me recuerda los niños que siempre los tienen.

No hace muchos días pasé toda una tarde entre ellos. Una preciosa niña, Isabel Roma Rattazzi, que no necesitaba ser hija de príncipe para que la llamen *princesita*, esbelto capullo que empieza á entreabrirse rodeado, como flor de invernadero, de perfumes, cuidados, caricias y luz, me envió una invitación para pasar *une folle journée* con sus amiguitos; es decir, presenciar algo como una fiesta de locuelos que revuelven, con permiso de las mamás, los armarios y se visten por algunas horas entre alegres carcajadas los disfraces de Carnaval; imitan las personas mayores en un escenario liliputiense, saltan y bailan, saquean un buffet microscópico, y sofocados de salud y de alegría, bulliciosos é intrépidos, pasan todo un día pidiendo más música, más juegos, más placeres, sin pensar ni en el tiempo que pasa, ni en el cansancio que llega.

Lo extemporáneo de la época libraba á los bailarines del yugo moral que los disfraces ejercen sobre ellos; hasta las exigencias de la higiene habían privado á un Bocaccio de su melena, más llorada por la mamá que por el hijo juiciosillo, serio y de una precocidad sorprendente. De sus labios tomé la frase que ha sido ya trascrita (en una revista que reseñó la fiesta) por un escritor distinguido.

Paseaban el Bocaccio y una gitanilla del brazo

por el salón del teatro, adornado de valiosas pinturas, cuando una maja se acercó al galán y le dijo á media voz:—¿Es tu novia?—Y habíais de haber escuchado con qué seriedad replicó el aludido:—No, es sólo mi amiga.

Esta respuesta trajo á mi mente la Sarah Bernard, niña, delgada, enfermilla, feucha, fantaseando entre ilusiones de gloria ante unos grabados que representaban escenas de amor.

La parejita se había detenido delante de un retrato de tamaño natural debido al pincel del famoso Bonnat. *Madre é hija* estaban cariñosamente abrazadas. ¡Sería curioso saber lo que pensaban los pequeños ante ese hermoso cuadro de amor materno!

* * *

No tengo la envidiable memoria de mi querido amigo *Asmodeo*, ni pude jamás ensartar cuatro adjetivos encomiásticos diferentes uno tras otro. Ocuparía toda esta Revista la reseña de la fiesta y la lista de los nombres.

Sin embargo. ¿Cómo dejaré de mencionar la graciosa seriedad de los hermanitos Keller, la natural sencillez de Flora Pascual, la voz dulce y afinada de Pepita Locatelli, el hermoso talento de Sofía Valero de Tornos y la inimitable gracia de Isabelita, la bella heroína del festival?

Todos los niños citados, y alguno que otro más cuyo nombre no conozco, fueron aplaudidísimos en el escenario, y compartieron con los demás las emociones de una espléndida rifa de juguetes y una succulenta merienda.

La *folle journée* continuaba cuando me alejé del palacio recordando las felices horas de la infancia. Era ya de noche, llovía copiosamente, y al tomar un carruaje, embarrándose en el lodo y tiritando de frío se me acercó una mujer con un niño en brazos.

Entonces me pareció oír unas sentidas frases que la *Sociedad protectora de los niños* ha dirigido á las madres.

«Vosotras — dice — *madres felices*, á quienes Dios ha concedido la inefable dicha de estrechar contra vuestro corazón hijos que rebosan vida, salud y bienestar, acordaos de los hijos de los pobres, á quienes todo falta.»

.....
¿Negareis á los pobrecitos huérfanos un pedazo del pan que os sobra para acallar su hambre? ¿Les negareis el más humilde de vuestros vestidos desechados para dar calor á sus extenuados miembros?

De seguro que no. ¿Es verdad, queridas lectoras?

EL DOCTOR FAUSTO.

ERRORES POPULARES

PEDAGOGÍA

I

Hemos dicho que se abrían las puertas. ¡María Santísima! ¡qué ruido, qué pataditas, qué empujones! La vetusta casa temblaba como en amenaza de desplomarse. Y el estruendo duraba hasta que aparecía D. Pedro, no diré repartiendo bofetones, sino sembrándolos con gesto semejante al del labrador que arroja en tierra la semilla. Luégo daba una gran voz. ¡Vaya un silencio, camaradas! Creo que se podría oír el ruido que hiciera una mosca frotándose la trompa con las patas... Despues, poquito á poquito, saltaba un murmullo, una sílaba, una palabra, y de esto se iba formando susurro hondo y creciente, que no se sabe á dónde llegaría si D. Pedro con su potente *quos ego* no lo atajara.

Había un pasante á quien llamaban D. José Ido, hombre aplicadísimo á su deber, pálido como un cirio, y con ciertos lóbulos ó verrugones que parecían gotas de cera que le escurrían por la cara; de expresion llorosa y mística, flaco, exangüe, espiritado; manifestando en todo las congostas de una de esas vidas de abnegacion y sacrificio heroicamente consagradas á la infancia. Tenía en la frente un mechón de negros y espeluznados cabellos que parecía un pábilo humeante, y en sus ojos, siempre mojados, chisporroteaban, con la humedad y el pestañeo, las más desgarradoras elegías. Era el mártir oscuro y sin fama de la instruccion, el padre de las generaciones, el fundamento de infinitas glorias, la piedra angular de tantas fortunas y de preclaros hechos. Políticos que habeis firmado sabias leyes; ministros que con un meneo de rúbrica llevais diariamente la felicidad al corazon de vuestros amigos; negociantes que autorizais un crédito; notarios que dais fe; poetas que conmoveis la muchedumbre; jurisconsultos que luchais por el derecho; médicos que curais, y periodistas que escribís, y amantes que fatigais el correo, acordaos de don José Ido, que al poner una pluma en vuestra mano torpe y al administraros el bautismo de tinta, iniciándoos en la religion de la escritura, os dió diploma y título de cristianos civilizados...

Porque el fuerte, ó mejor dicho el sacerdocio de nuestro D. José Ido, era la caligrafía. Enseñaba por el Evangelio de Iturzaeta una forma redonda,

armónicamente compuesta de trazos gordos y finos con cada rasgo para arriba y para abajo que daba gloria, y un golpe de mayúsculas que podría competir con lo mejor de los tiempos benedictinos. Cuando por encargo especial acometía un trabajo de felicitacion, ó cosa semejante, para implorar por cuenta propia ó ajena la benevolencia de cualquier magnate, eran de ver aquéllas emes iniciales con el cabello erizado de entusiasmo, aquellas haches que arrastraban más cola que un pavo real, aquellas erres que hacían cortesías, aquellas eses con más peluca que Luis XIV, aquellas eses minúsculas que parecían saltar de gozo, aquellas eles á caballo sobre las ies, aquellas jotás con morrion, y otras infinitas maravillas que producían á la vista ilusion de pirotecnia, todo rematado con unas *etcéteras* que á la cola de esta procesion pendolística iban con plumachos, blandiendo alabardas y banderolas. El resto lo hacían mil vaivenes de rúbrica como flechas disparadas ó laberinto arácnido, en el centro del cual aparecía lánguido, indolente, cual si cayera mareado en medio de tanto círculo, el claro nombre de *José Ido del Sagrario*.

La clase duraba horas y más horas. Era aquello la vida perdurable, un lapso secular, sueño del tiempo y embriaguez de las horas. Nunca se vió más antipática pesadilla, formada de horripilantes aberraciones de Aritmética, Gramática ó Historia sagrada, de números ensartados, de cláusulas rotas. Sobre el eje del fastidio giraban los graves problemas de sintáxis, la regla de tres, los hijos de Jacob, todo confundido en el comun matiz del dolor, todo teñido de repugnancias, trazando al modo de espirales, que corrían premiosas, ásperas, gemebundas. Era una rueda de tormento, máquina cruelísima, en la cual los bárbaros artífices arrancaban con tenazas una idea del cerebro, sujeto con cien tornillos, y metían otra á martillazos y estiraban conceptos é incrustaban reglas, todo con violencia, con golpe, espasmo y rechinar de dientes por una y otra parte.

En la cavidad ancha, triste, pesada, jaquecosa de la escuela, se veían cuadros terroríficos: allá un Nazareno puesto en cruz; aquí dos ó tres mártires de rodillas con los calzones rotos; á esta parte otro condenado pálido, cadavérico, todo lleno de congostas y trasudores porque se le había atragantado una suma; más lejos otro con un cachirulo de papel en la cabeza y orejas de burro, porque sin querer se había comido una definicion. Como el sol reverbera sobre el rocío, así por toda la extension de la clase las sonrisas abrillantaban las lágrimas, cuando no las secaba el ardor de las mejillas. Los números y rayas trazadas en los encerados daban frío, y mareaban los grandes letreros y

(1) Pertenece este fragmento á la hermosa obra del Sr. Perez Galdós titulada *El Doctor Centeno*, próxima á publicarse. El capítulo que transcribimos merced á la cariñosa deferencia del insigne novelista, es una viva y fiel pintura del antiguo y odioso régimen de enseñanza que destruye la moderna pedagogía.

las máximas morales escritas en carteles. Las negras carpetas, al abrirse, bostezaban, y los tinteros, ávidos de manchar, hacían todo lo posible por encontrar ocasion de volcarse... Daba grima ver tanto dedo torpe y rígido agarrando una pluma para trazar palotes, que más se torcían cuanto mayor era el empeño en enderezarlos. Las bocas, nerviositas, hacían muecas con el difícil rasgueo de la pluma... A lo mejor un cráneo sonaba seco al golpe de un puño cerrado y duro. Restallaban mejillas sacudidas por carnosa mano. Los pellizcos no cesaban, y á cada segundo se oía un ¡ay! Se confundían las voces de *bruto*, *acémila* con los lamentos, las protestas y el lastimoso y terrorífico *yo no he sido*. La palmeta iba cayendo de mano en mano, incansable, celosa de su mision educatriz, aporreando sin piedad á todo el que cogía. La quemazon de la sangre, el cosquilleo, el dolor agudísimo, daban entendimiento al torpe, medida al travieso, diligencia al indolente, silencio al lenguaraz, reposo al inquieto. Y como auxiliares de aquel docto instrumento, una caña y á veces flexible vara de mimbres sacudían el polvo. Había nalgas como tomates, carrillos como pimientos, ojos con llamadas, frentes mojadas de sudor de agonía, y todo era picazones, escozor, cosquilleo, latidos, ardor, y suplicio de carnes y huesos.

Salvas las contadas ocasiones en que se veía cruzar por el aire una mosca con rabo de papel, sucediendo á esto la algarazara propia del caso, el aburrimiento llenaba las horas de la clase, aquellas horas que avanzaban arrastrándose como las babosas sobre la peña. Los miembros se entumescían, y no había fuerza humana capaz de impedir las patadas, los desperezos, aquel acostar la cabeza sobre los brazos cruzados, el cuchicheo, la inquietud... Una autoridad férrea, despótica, á quien la conciencia del deber daba algo de la crueldad sublime que enalteció á Junio Bruto, Jefté y Guzman el Bueno, recorría los bancos desde que se notaban los primeros síntomas de la rebelion del fastidio. A la manera que el cómitre de una galera iba sacudiendo con duro látigo la pereza de los infelices condenados al remo, así D. Pedro ponía rápido correctivo con su mano ó su vara al arrastrar de suelas, á las pandiculaciones, al cuchicheo, al mirar, al reir. ¡Pobres orejas! ¡Cuántas veces se veía la mano del maestro levantar muy alto una cabeza suspendida de una oreja, ó empujar otra sobre la carpeta con tal fuerza que á poco más se incrusta la nariz en la tablá.. Su máxima era: *Siembra coscorrónes y recogerás sabios*.

II

Aquel nobilísimo oficio le daba mucho que ha-

cer al principio, porque tenía que aprender por las noches lo que había de enseñar al día siguiente, trabajo penoso é ingrato que fatigaba su memoria sin recrear su entendimiento. Todo lo enseñaba Polo segun el método que él empleara en aprenderlo; mejor dicho, Polo no enseñaba nada; lo que hacía era introducir en la mollera de sus alumnos, por una operacion que podríamos llamar *inyecto-cerebral*, cantidad de fórmulas, definiciones, reglas, generalidades y recetas científicas, que luégo se quedaban dentro indigeridas y fosilizadas, embarazando la inteligencia sin darla un átomo de sustancia ni dejar fluir las ideas propias, bien así como las piedras que obstruyen el conducto de una fuente. De aquí viene que generaciones enteras padezcan enfermedad dolorosísima, que no es otra cosa que el mal de piedra del cerebro.

III

También dice la chismosa Clío que el temperamento de D. Pedro Polo era sanguíneo, tirando á bilioso, de donde los conocedores del cuerpo humano podrían sacar razones bastantes para suponerle hostigado de grandes ansias, ambicioso y emprendedor, como lo fueron César, Napoleon y Cromwell. Sobre esto de los temperamentos hay mucho que hablar, por lo cual mejor será no decir nada. Quédese para otros el fundar en el predominio de la accion del hígado el genio violentísimo de nuestro capellan, y en el desarrollo del sistema vascular, así como en la superioridad de las funciones de nutricion sobre las de relacion, la intensidad de sus anhelos, su fuerza de voluntad incontrastable. Ciertamente es que si se hubiera dedicado, como su paisano, á conquistar imperios, los habría ganado con rapidez. Habiéndose metido, por la fatalidad de los tiempos y de las circunstancias, á instruir muchachos, los instruía por los modos y estilo que el otro empleó en domar naciones. Y no comprendía Polo la enseñanza de otra manera. Se le representaba el entendimiento de un niño como castillo que debía ser embestido y tomado á viva fuerza, y á veces por sorpresa. La máxima antigua de *la letra con sangre entra*, tenía dentro del magin de Polo la fijeza de uno de esos preceptos intuitivos y primordiales del genio militar, que en otro orden de cosas han producido hechos tan sublimes. Así, cuando, movido de su conviccion profundísima, descargaba los nudillos sobre el cráneo de un alumno rebelde, esta cruel enseñanza iba acompañada de la idea de abrir un agujero por donde á la fuerza había de entrar el tarugo intelectual que allí dentro faltaba. Los pellizcos de sus acerados dedos eran como punturas por las cuales se hacían, al traves de la piel, inyecciones de aquella sabiduría alcaolide de los libros de texto.

Gran auxilio prestaba á D. Pedro el pasante D. José Ido, mayormente en el arte de escribir. Polo escribía mal, y su ortografía era muy descuidada. Ido le ayudaba tambien en las lecciones, y hacía leer á los pequeñuelos; mas con tan delgada voz y entonacion tan embarazosa, que para articular una sílaba parecía pedir prestado el aliento al que estaba más próximo. Los chicos, desde el mayor al más pequeño, respetaban y temían tanto á D. Pedro, que ni aún fuera de la clase se atrevían á hacer burla de él; pero al pobre Ido le trataban con familiaridad casi irreverente. Las paredes del callejon de San Márcos estaban de punta á punta ilustradas con el retrato del Sr. de Ido, en diferentes actitudes, y eran de ver lo parecido del semblante y la gracia de la expresion en aquellos toscos diseños. No faltaban explicaciones y leyendas que decían *Ido diendo á los toros*; y por otro lado: *Ido del Sagrario calléndosele los calzones*. Porque este pobre calígrafo tenía las carnes tan flácidas que toda su ropa parecía escurrirse, y que cada pieza, desde la corbata á los pantalones, estaba más baja del sitio que le correspondía. Otra cosa que daba motivo así á las cuchufletas como á las ilustraciones, era el cartílago laríngeo ó nuez del pasante, el cual era grandísimo. Entre las pinturas murales, que representaban casi siempre escenas de toros, había una cuyo letrero decía: *el toro, perdone usted — me le enganchó de la nuez...*

A este hombre probo, trabajador, honrado como los ángeles, inocente como los serafines, esclavo, mártir, héroe, santo, apóstol, pescador de hombres, padre de las generaciones, le trataba D. Pedro delante de los chicos con frialdad y sequedad; mas cuando estaban solos le abrumaba á cortesanas y piropos, como éste: «es usted más tonto que el cerato simple,» dicho con desenfado y sin mala voluntad. O bien le saludaba así: «Cierre usted esa boca, hombre, que se le va por ella el alma.» Y era verdad que parecía que el alma estaba acechando una ocasion para echársele fuera y correr en busca de mejor acomodo.

Los capones y pellizcos, los palmetazos y nalgadas, las ampliaciones de orejas, aplastamiento de carrillos, vapuleo de huesos y maceracion de carnes, no completaban el código penitenciario de Polo. Además de la pena infamante de las orejas de burro había la de dejar sin comer, aplicada con tanta frecuencia que si las familias no sacaban de ella grandes ahorros era porque no querían. Todos los días, al sonar las doce, se quedaban en la clase, con el libro delante y las piernas colgando, tres ó cuatro individuos que se habían equivocado en una suma ó confundido á Jeroboan con Abimelech, ó levantado algun falso testimonio á los pronombres

relativos. Los autores de estos crímenes no debían alcanzar de nuestro Eterno Padre el pan de cada día, que todos piden, pero que sólo se da á quien lo merece. Bostezos que parecían suspiros, suspiros como puños llenaban la grande y trágica sala. Isaías no habría desdeñado llorar tan dolorosas penas, y hubiera hallado algun sublime acento con que pintar aquellos desperezos tan fuertes, que no parecía sino que cada brazo iba á caer por su lado. A menudo las páginas sucias, dobladas, rotas de los aborrecidos libros se veían visitadas por un lagrimon que resbalaba de línea en línea. Pero esta forma del luto infantil no era la más comun. La inquietud, la rebeldía, el mareo, la invencion de peregrinas diabluras eran lo frecuente y lo más propio de estómagos vacíos. Quién gastaba su poca saliva en mascar y amasar papel para tirarlo al techo; quién dibujaba más monos que vieron selvas africanas; quién se pintaba las manos de tinta á estilo de salvajes...

Cuando la clase concluía, allá á las cinco de la tarde, despues de diez horas mortales de banco duro, de carpeta negra, de letras horribles, de encebado fúnebre, el enjambre salía con ardiente fiebre de actividad. Era como un ardor de batallas, cual voladura de todas las malicias, inspiracion rápida y calurosa de hacer en un momento lo que no se había podido hacer en tantas horas. Una tarde de Enero, un chico que había estado preso sin comer y sin moverse en todo el día, salió disparado, ebrio, con alegría furiosa. Sus carcajadas eran como un restallido de cohetes, sus saltos de gato perseguido, sus contorsiones de epiléptico, la distension de sus músculos como el blandir de aceros toledanos, su carrera como la de la saeta despedida del arco. Por la calle de San Bartolomé pasaba una mujer cargada con enorme cántaro de leche. El chico, ciego, la embistió con aquel movimiento de testuz que usan cuando juegan al toro. El piso estaba helado. La mujer cayó de golpe, dando con la sien en el mismo filo del encintado de la calle, y quedó muerta en el acto.

B. PEREZ GALDÓS.

EL MAL DE OJO Y LA TIA JUANA (1)

El médico de partido
Que ejerce á alguna distancia
De las capitales cultas
La ciencia más ilustrada,
Y con la gente más necia

(1) Nuestro ilustre colaborador Dr. Benavente escribió el romance que publicamos el año 1830; desde entónces hasta hoy siguen, por desgracia, las preocupaciones que combatimos, sobre todo en los pueblos, como puede verse en las cartas que recibimos, alguna de las que publicaremos

Se relaciona y se trata,
 Tiene ocasion de observar,
 Entre mil costumbres raras
 De los primitivos tiempos,
 Que treinta siglos no bastan
 Para extinguir los hechizos,
 Los encantos, los fantasmas,
 Los mágicos amuletos
 Y otras cien extravagancias
 Que la tradicion sostiene
 Y alimenta la ignorancia.
 Además del curandero,
 Del charlatan y otras maulas,
 Siempre hay viejas comineras
 Que divulgen sus patrañas.
 El *cardo* dicen que es bueno
 Debajo de la almohada
 Para curar sin dolor
 Las rebeldes almorranas;
 La *sangre de los lagartos*
 En las ingles derramadas,
 Cura las hernias del niño
 Cuando el braguero no basta;
 Una *raicita de helecho*
 De un cordoncito colgada,
 Resuelve la erisipela,
 Que es tan frecuente en la cara;
 De los *dútiles*, los huesos
 Pendientes sobre las mamas,
 Evitan pelos é infartos
 Y hacen fácil la lactancia;
 La *rosa de Jericó*
 Puesta en un vaso de agua,
 Influye sobre la pélvis
 Y las sínfisis ablanda,
 Haciendo que la mujer
 Sin grandes dolores pára;
 Los conjuros religiosos
 Pronunciados con sotana,
 Son remedio contra nubes,
 Albugos y cataratas;
 Una cinta de la Virgen
 Sobre la frente aplicada,
 Cura el dolor de cabeza,
 Cualquiera que sea su causa;
 La imagen de Santa Elena
 A las muñecas atada,
 Disipa la erisipela
 Y los ataques de eclampsia,
 Pero lo que más admira,
 Por ser cosa extraordinaria,
 Es que el mirar á los niños,
 Y el exagerar sus gracias,
 Produzca una enfermedad,
Mal de ojo, de tal traza
 Que sólo la reconoce
 Y lo cura la tia Juana.
 El mal existe de fijo,
 Segun dice esta beata,
 Cuando, vertiendo tres gotas
 De aceite puro en el agua,
 Una de ellas baja al fondo
 Y las otras sobrenadan.
 Luego que por este medio,
 Que le enseñó una gitana,
 Diagnostica el *mal de ojo*,

Dándose suma importancia
 Procede á la curacion
 Tan singular y tan rara
 Como la misma dolencia,
 Que es efecto de la magia
 De alguna mujer que mira
 Con intencion depravada.
 El tratamiento consiste
 En decir cuatro palabras
 En un latin macarrónico
 Frotando al niño la panza
 Con aceite del candil
 O con la manteca rancia.
 Esta tosca sobadura
 Con mano callosa dada,
 Produce á los enfermitos
 Una engañadora calma;
 El pulso se pone lento
 Y se contienen las cámaras,
 Y todos en este alivio
 Ven una prueba muy clara
 De la existencia del mal
 Que combate la tia Juana.
 El alivio dura poco,
 Pero ella su triunfo canta,
 Y cuando el niño se muere
 Se disculpa y se resguarda
 Diciendo que ya era tarde,
 Que está la hiel derramada,
 Que se ha roto la vejiga
 Y es de la muerte la causa.
 Así con tales embustes
 A los crédulos engaña,
 Y les saca algunos cuartos
 La embaucadora tia Juana.

MARIANO BENAVENTE.

PRECEPTOS DE LA CIENCIA

EL MES DE MAYO

Epoca en que la Naturaleza convida á disfrutar de los placeres del campo, es conveniente levantarse temprano y respirar aire puro, evitando la permanencia en sitios húmedos ó demasiado regados.

La tradicional costumbre de ir de romería á las praderas de San Isidro precisamente en las horas de más calor, por un camino polvoriento, pernociando algunas veces el raso, permaneciendo otras mucho tiempo en descampado y haciendo excesos de todo género, si es perjudicial para los adultos, lo es todavía más para los niños y las madres que lactan.

Es pernicioso tambien llevar á los niños á los Toros á localidades de sol, como es frecuente por los individuos del pueblo. Muchas criaturas pieren víctimas de trastornos cerebrales gravísimos por esta causa.

Los cambios rápidos de temperatura que han de presentarse, segun noticias, nos obliga á insistir mucho sobre los consejos que ya hemos dado en otras ocasiones respecto al abrigo.

A MIS HIJOS

LA PIEDAD FILIAL

La Providencia, que con tanto esmero y exquisita diligencia ha asegurado la conservacion de las especies de cuantos animales pueblan la tierra, dotando á los padres del más acendrado amor á sus hijos, ha infundido tambien en éstos, con admirable prevision, el sentimiento de respeto, de cariño y gratitud. El hombre, en su peregrinacion por la tierra, cuenta apénas con la vida necesaria para desenvolver completamente sus facultades, trabajar para adquirir los medios necesarios á su subsistencia y reproducirse, dejando una descendencia más ó ménos numerosa que continúe su obra y cumpla el destino que Dios ha señalado á la humanidad. Esto puede decirse que constituye un sér orgánico, cuya vida empieza en la época de la creacion, que sigue desenvolviéndose en el tiempo y el espacio, continúa el derrotero señalado por el Omnipotente con oscilaciones de progreso y retroceso, y cuya evolucion, ofreciendo diferentes metamorfosis y fases siempre nuevas, correspondientes á diferentes civilizaciones, no sabemos cuándo alcanzará su fin. El individuo no es más que un humilde eslabon de esta cadena no interrumpida en el trascurso de los siglos. Cuando tiene la inefable satisfaccion de ser padre, no vive más que para sus hijos; ellos ocupan incesantemente su pensamiento; por ellos trabaja día y noche, y por ellos se afana, sufre toda clase de privaciones; economiza parte de su capital; acumula, si puede, riquezas con el único objeto de asegurar su educacion y su porvenir; se olvida de sí mismo; consume sus días en el trabajo; gasta sus fuerzas, y nada tiene presente más que la felicidad de sus hijos. Si le asalta alguna vez la idea de la pobreza, no la teme más que por sus hijos; si la aciaga suerte lleva alguna vez la enfermedad á su hogar, no le espanta más que por sus hijos. De este modo pasa los breves días de su vida el que tiene la dicha de ser padre, y la vida pasa como un breve sueño; y cuando despierta agobiado por el trabajo, abrumado por la fatiga, por los cuidados, disgustos, penalidades, quebrantos de intereses, males inevitables para todo hombre, se encuentra en la ancianidad y próximo al sepulcro. Vuelve la vista á las edades pasadas, y ve con disgusto que ha perdido sus fuerzas; que su organizacion se desmorona; que su espíritu decae; que su ánimo desfallece; que su cuerpo se inclina hácia la tierra que ha de recibir sus cenizas.

En esta edad de desconsuelo, de imposibilidad física para el trabajo, de debilidad y postracion, el hombre necesita que haya quien le proteja, le cui-

de, le prodigue su cariño y le dé valor moral para sufrir con resignacion la muerte. Este protector, este ángel tutelar son los hijos, que, reconociendo los beneficios que los padres les han dispensado, recordando su desinteresado amor, su sublime abnegacion, devuelven lo que tan pródigamente han recibido. Los hijos están obligados por la Naturaleza, por las leyes divinas y humanas, á proteger á sus padres en la senectud, respetándoles, amándoles, velando por su conservacion y prestándoles la asistencia solícita que deben á los autores de sus días. Y, ciertamente, no es en la generalidad de los casos necesario el apoyo de las leyes para llenar este santo deber; el corazon nos impele con fuerza irresistible á ser hijos agradecidos, y únicamente los seres degenerados, pervertidos por la corrupcion y el vicio, ó apegados á una vil y odiosa avaricia, pueden olvidar esta instintiva y grata obligacion. Meditad, hijos míos, acerca de estas consideraciones que os he hecho, y que nunca el letal influjo de la ingratitud ó del olvido se albergue en vuestro corazon; sed para vuestros padres lo que ellos fueron para vosotros.

DR. ALONSO Y RUBIO.

LA EDUCACION MORAL

DE LA INFANCIA

Sobre este tema, ¿cuánto no se ha escrito? Tanto, que bien pensado puede decirse que no cabe exponer ideas nuevas, y arrojaríamos la pluma renunciando al intento que nos guía si no fuese preciso considerar la urgencia de insistir sobre tan importante punto.

En efecto; por desgracia, en esta distraida nacion se hace, más que en otra alguna, necesario volver de continuo sobre las ideas elevadas para llegar á conseguir que sean siquiera medio atendidas por aquellos á quienes la voluble fortuna ha colocado en situacion de poder llevar á la práctica las grandes concepciones de la ciencia, base firme del progreso intelectual y moral.

En este segundo calificativo debemos fijarnos para demostrar el poder que siempre ha ejercido en la marcha regular de los pueblos una saludable educacion de la infancia, exenta de la más leve sombra de ficcion, para arrancar á las criaturas de la fatal inclinacion al fanatismo, que por desdicha en más de una ocasion sirve de poderosa llave á la hipocresía para conseguir los fines que siempre se propone la ambicion.

Educación á los niños en el temor de Dios, es un procedimiento lógico de la buena religion; pero cubrir ésta con el velo del engaño es un pecado

digno de las más altas y profundas penas de la severidad.

Para que los niños lleguen á comprender y venerar los deberes de su conciencia, es preciso, absolutamente preciso, que aquellos que les dieron el sér comprendan que de los primeros pasos en la vida dependen la honra, la dignidad y la estimación del hombre.

Y si esto es así, como negarse no puede, ¿qué castigo no merecen lo que por imperdonable descuido emplean el derecho de la paternidad ó la tutela en ser monopolizadores de la inclinación moral de sus vástagos ó tutelados, desviándolos de sus propios instintos para llevarlos por torcidas sendas á ser alimento de su inconcebible egoísmo?

¿Existen estos casos? Si lo dudais, tended la vista á las calles de Madrid, y pronto os convencereis de la horrible realidad.

El arte de pedir públicamente, ha llegado á formar escuela elemental de la carrera fatal del presidiario.

Los niños á quienes, con escandaloso abuso de la doctrina del *Dios-Hombre*, se dedican á la mendicidad, vienen á ser con el tiempo feroces instrumentos de la destruccion social.

Piden, no sacan lo suficiente para las miras ó vicios de sus explotadores, y son horriblemente castigados; por temor al castigo roban, por afición al robo se convierten en feroces enemigos del trabajo; sin temor á la ley se familiarizan con la cárcel; allí aprenden el arte de burlar el Código, y llegan hasta el escándalo de hacerse temer muchas veces por las mismas autoridades encargadas de su enmienda ó su castigo.

Esta falta de enseñanza moral en padres y tutores, produce en los varones el pillaje, y en las hembras ¡ah! perdonadme que no dé la última pincelada á cuadro de tan vivos colores pero de tan exacta verdad, en las hembras la más espantable de las degradaciones.

LUIS VEGA-REY.

MIS DOS TESOROS

Á MI MADRE

Llevo, madre querida,
Dentro del alma
Un tesoro de besos,
Otro de lágrimas.
Los dos preciosos,
Aun cuando dulce el uno
Y amargo el otro.

—
El tesoro de lágrimas
De tí lo oculto,
Y al dolor se lo entrego
Como tributo.

El de los besos
Es para tí tan sólo,
¡Sol de mi cielo!

C. RODRIGUEZ PINILLA

JUNTO Á LA CUNA

EL AMOR MATERNAI

Todas nuestras aficiones son inspiradas por el placer; sólo el amor maternal nace del sufrimiento. Las molestias de la mujer durante el embarazo, los dolores en el parto, el aspecto repugnante del recién nacido, más parecido á un sér desollado que á una criatura viva, parece debieran inspirarla cierta aversion, considerando al nuevo sér como un mal del cual acaba de librarse, sin que su corazón pueda ser tampoco conmovido por el atractivo de las formas, ni por la voz, ni por otro encanto visible; y, sin embargo, excitada por los sufrimientos, temblando aún de las angustias y conmoción del trabajo del parto, le limpia, le acaricia, le toma en sus brazos, le envuelve en sus ropas y le aproxima á su seno para darle el calor, de que tanto necesita; no descansa día y noche con el cuidado y temores que la ocasiona, y en cambio de tantos sacrificios recoge solamente llanto y gemidos. Esta fuerza, más poderosa que el dolor y el disgusto, no es otra cosa que un ciego instinto que pertenece á la planta, al insecto, al pájaro y al cuadrúpedo, lo mismo que á la mujer: ley inmutable de la Naturaleza, ley de conservación, estímulo irresistible al que ningún sér sobre la tierra puede sustraerse y al que la Naturaleza ha confiado la vida. En los seres más perfectos esta fuerza inteligente se asocia á las pasiones, duplica su potencia y llega hasta hacerlas industriales. Todos los animales velan con ternura el fruto de su union; en éstos es más interesante el estudio del instinto maternal, porque no se halla alterado, como en la especie humana, por las instituciones sociales.

La tortuga suple con la astucia la lentitud de sus movimientos de progresión, poniendo sus huevos en los sitios más apartados é inaccesibles; la hembra del caiman, después de ocultar los suyos entre la arena, no les pierde de vista, defendiéndolos con todas sus fuerzas de la avidez de los negros. El pájaro construye su nido sin que sepa que va á dar á luz cosa porque ha de tener el mayor cuidado, envolviéndole y reforzándole con suave cubierta, sin que le sea conocida tampoco la delicadeza de sus huevos; los empolla luego, permaneciendo inmóvil durante semanas sobre aquellos cuerpos fríos é insensibles, y sin saber que contienen seres semejantes á ella. Comenzada la postura cambia de costumbres y carácter, y su afectuosa solitud la expresa solamente por un tierno y misterioso silencio. Una vez que sus hijuelos han salido á luz, la madre y el padre les suministran su nutrición y les guardan de sus enemigos, á la vez cantan, se alegran, se inquietan y se desesperan. La madre comprende y satisface todos los nacientes deseos de su pequeña fa-

milia; pero sus trabajos, penosos y agradables, quedan sin recompensa, puesto que ninguna ternura filial corresponderá jamás á las maternas. En fin, este sentimiento profundo, que atrae irresistiblemente á todo sér vivo hácia sus descendientes, se manifiesta en toda su fuerza hasta en los más fieros cuadrúpedos, como el tigre; y se asegura que un viajero, que años hacía había cogido un pequeño leoncito, fué reconocido por la madre, que se arrojó sobre él, habiéndose visto muy mal sus compañeros de viaje para librarle de la fiera.

Aunque los séres vivientes nazcan débiles, ineptos, cercados de enemigos, ó, como suele decirse, sobre un campo de batalla, nacen en seguridad; porque el amor maternal les cobija con su prevision y adhesión la más completa. Centinela avanzado, vela al lado de cada cuna, no sólo para la conservacion de éste ó el otro individuo, de este cuadrúpedo ó de aquel pájaro, sino para la realizacion de esta gran obra de la Naturaleza, que quiere que todo muera y que nada perezca, que todo nazca y que nada sea inmortal. Cualesquiera que sean las necesidades de todos los séres, su ferocidad y sus estragos; cualesquiera que sean las exigencias de la muerte, el amor maternal queda vencedor sobre el globo que renueva. Por él la planta se resume en su grano, el insecto en su huevo, el animal en sus pequeños, siendo á la vez origen de la vida y límite de la destruccion. El amor maternal es el más tierno sentimiento de la naturaleza animada; es el movimiento más dulce y más generoso que ha podido emanar del instinto de reproduccion: en él se encuentra irrevocablemente apoyada y segura la conservacion de las especies vivientes. Al contemplar á la jóven madre cerca de su tierno hijo, parece que el Creador la ha infundido su aureola protectriz, y hasta que su existencia ha sido trasportada al nuevo sér nada se halla de personal y propio en cuanto experimenta; dejando de vivir para sí, vive para el sér que la renueva.

(Se continuará.)

DR. ENCINAS.

DULCES LAZOS

Con amor en el regazo
Maternal se inclina el niño,
Y es misterioso cariño,
Y aún es dulcísimo lazo,
Entre una ilusion perdida
Que ya el desengaño anega,
Y otra ilusion que ya llega
A las puertas de la vida.

JOSÉ DE ECHEGARAY.

EL DOLOR

El rey del mundo por derecho propio es el dolor.

El hombre más altanero le humilla la cerviz, porque se impone á todos mal que pese á su soberbia.

El modo más seguro de vencer el dolor es no temerle; ántes al contrario, mirarle siempre como un verdadero amigo.

El dolor es bendito, porque Dios mismo le envía para regenerar á los hombres.

En la tierra las lágrimas la humedecen y la hacen fecunda, y el dolor es el aura que hace brotar el fruto.

La cruz de nuestro Salvador fué bañada con su divino llanto, regada con sangre, enaltecida, si hubiera cabido más, con el sacrificio de una madre desolada y de un hijo huérfano que levantaba sus ojos al cielo abrazado al madero santo del dolor.

El dolor es el crisol que purifica el alma de las escorias y miserias del mundo.

Sin dolor no hay victoria, sin dolor no hay sacrificio, sin dolor no hay vida, sin dolor no hay amor.

Suprimid el dolor, y habreis hecho rodar por el suelo el escabel de la virtud.

¡Ni Salomon con toda su sabiduría pudo preservarse del dolor! Ni aún Dios, con ser Dios, quiso privarse del placer de sufrirle por el hombre.

La alegría degeneraría en locura si no tuviera por contrapeso y límite el dolor.

Suprimid el dolor y habreis suprimido al hombre.

¡Hombre y dolor! Hé aquí el problema tan sencillo y trivial, y que, sin embargo, encierra la síntesis de toda una filosofía que el mundo, en su injusto endiosamiento, ni comprende, ni practica, ni pára siquiera su atencion en ella, siendo, no obstante, como es, su símil, su semejante, el verdadero motivo y fin de su vida.

Por el dolor se domina al hombre; por el dolor se llega á Dios.

«Venid á mí los que estais angustiados, tristes y llenos de penas y aflicciones, porque vosotros estais destinados por mi «Eterno Padre» á ser consolados en mérito de vuestro dolor sufrido por mí,» ha dicho Jesucristo.

¡Bendito, pues, mil veces el dolor, que salvó al hombre, regeneró á la humanidad y dejó señalado y abierto para siempre el camino del cielo.

ANTONIO RAFAEL DE PÓO.

MIMITOS

Es pelona mi niña,
Porque en el cielo
De ese color tan rubio
No queda pelo.
Para que tenga ella
Cuatro pelitos,
Están pelados todos
Los angelitos.

Cuatro perlas pequeñas,
Tres aún más chicas;
No tengo en mi joyero
Más piedras finas.
Y no las cambio
Por cuantas hay en casa
Del Saboyano

Los piés y las manitas
De tu persona,
Son platos que se hicieron
Para mi boca.
Deja, vidita,
Que coma de esos platos
Y que repita.

En un poco de nieve
Cayó una rosa,
Y del sol con un rayo
Se fundió toda.
Con esa masa
Se fabricó la hijita
De mis entrañas.

No pongas esa cara
Tan retrechera;
No me mires chillando
De esa manera;
No me hagas carinitos
Al abrazarte;
No me quites las fuerzas
Para dejarte

UN PADRAZO

CUADROS REALES

LA MUERTE DE NAPOLEON

¡Bravo sujeto era *Napoleon*! Y no creáis que me refiero á aquel rayo de la guerra, á aquel corso de nariz aquilina y olímpico mirar, que trajo revuelto al mundo de nuestros abuelos, sino que hablo de una personita de diez años de edad, quien con tan famoso nombre era conocido en los círculos aristocráticos del Matadero, y que se ganaba la vida en el noble oficio de vender *churros*. ¿Sabeis lo que son *churros*? Pues en pocas palabras os diré que son una especie de buñuelos de masa apretada é indigesta, que hace las delicias de estos ilustres pilluelos, espuma de la corte, orgullo de las carnicerías y descendientes de Guzman de Alfarache, Don Pablos, el Lazarillo de Tormes, y Rincon y Cortado, los desenvueltos discípulos de Monipodio.

Napoleon vendía *churros*, y — creedme — con los veinte cuartos que solía sacar de ganancia diaria atendía al sustento de su cuerpo y á las dis-

tracciones del alma, sin que jamás fuese cogido por los agentes de la autoridad con las manos en un pañuelo ajeno, *ahorcando* relojes ó arrebatando paraguas. Era un *Napoleon* honrado y respetable; y mucho más lo sería si no tuviese la fea costumbre de apedrear perros, echar mazas á las mujeres, silbar á los cocheros del tranvía de Carabanchel y hacer otras picardías semejantes; pero no hay virtud completa, y *Napoleon* no podía estar exento de mancha.

Tenía *Napoleon* tres parroquianos asiduos y fieles en tres soldados del regimiento de húsares de Pavía, nacidos en la propia Andújar, con una lengua más temible que el chafarote, y un chafarote que entre sus manos se trocaba en haz de mortíferos rayos. Llamábanse *Curro*, *Currito* y *Curruelo*; eran primos; sacaron en la quinta los números 1, 2 y 3; les hirieron tres balazos en la batalla de Puente la Reina, y en el baile del *Ramillete* les mataron tres flechas amorosas, disparadas desde los ojos de tres doncellas de labor que vivían en la misma casa.

Eran un terno andando, los tres ángulos de un triángulo, en medio del cual todas las tardes, á eso de las cuatro, se podía ver á *Napoleon* con su gorrita de cuartel, debida á la liberalidad del sargento Carrizales, con su chaqueton demasiado ancho para aquel sutil talle de señorita, con sus piés desnudos y con su bandeja abollada que sopesaba unas docenas de churros, y con su cigarrillo de papel humeando entre los infantiles labios.

—¿A dónde van *Napoleon* y su chaqueta?— decía ayer tarde *Currito* al muchacho — hoy es Noche-Buena y nadie quiere buñuelos. ¡Voto al diantre! Lo que hoy venda este chico que me lo claven aquí.

Y señalaba con demostrativo gesto la dura frente de dragon.

—¿Qué á dónde voy?— respondió el chico pegando una chupada al cigarrillo y arrojando poco á poco el humo. — A vender esta bandeja para comprar una granada y una barra de Jijona.

—¡Pues anda con Dios, y que Él te la depare buena! — añadía otro de los húsares, separándose de *Napoleon* seguido de sus compañeros de armas.

El heroico triunvirato se alejó, metiendo ruido con las espuelas, que sonajeaban al andar; con la contera del sable, que golpeaba el suelo, y con las insolentes bocas, incansables en su tarea de decir flores á las muchachas y chistes procaces á las viejas.

Estaba anocheciendo. Las luces de los faroles brillaban á traves de la niebla húmeda y espesa como partículas diamantinas en el pelo negro de una mujer, y la Plaza Mayor, en el apogeo de su baraunda, estaba henchida de gente. Las voces de

mil vendedores, el atronador tañido de los tambores, el cántico triste y filosófico de la resignada hueste de los pavos que parecían decirse *¡Morir tenemos!* el canturreo de los ciegos, formaban un conjunto discordante, extraña sinfonía de la cena que ya estaba hirviendo en los hogares, música infernal con que trataba de celebrarse el nacimiento de un Dios.

Por allí andaba el gran *Napoleon* confundido entre la muchedumbre, curioso, hambriento, atónito.

Aquí suspendían sus ojos aquellas pilas de naranjas, fruto que encierra bajo cáscara de oro toda la miel de Andalucía; más allá le cautivaban el alma los racimos de dátiles y plátanos, y en todas partes salían á su encuentro el turrón de Jijona, del cual no se sabe si decir que es dulce empedernido ó peña confitada, y el piñonate de Córdoba, y la jalea monjil y la perada de Alicante.

Sin rumbo fijo flotaba en aquel oleaje como una tabla en el Océano, y dejábase llevar por la corriente, que le arrojó bien pronto á la calle de Atocha, por el arco de la de Zaragoza. Allí se detuvo y metió la mano en el hondo bolsillo de su chaqueta, donde sonó el ruido metálico de unas cuantas monedas. ¡No eran de plata ni de oro! ¡Pobre *Napoleon!* ¡Cobre vil, y sólo cobre, había en el bolsillo del muchacho; pero aún así bastaba para echarse entre pecho y espalda un par de copas de peñascaró, ese petróleo en que humedece su mecha el crimen!

A *Napoleon* le gustaba mucho aquel líquido, y antes de tres minutos había apurado el aguardiente contenido en dos copas en una taberna vecina. Limpióse con la manga los labios, y se puso de nuevo en marcha.

Pasaron dos horas y el frío arreciaba. Grande era el silencio en el barrio de Pozas, donde los escasos transeuntes apresurábanse á llegar á sus casas huyendo de la helada. Los carruajes del tranvía corrían con sordo rumor sobre los rails, llevando vacíos sus asientos y medio dormido el conductor.

Napoleon andaba á buen paso hacía el cuartel de la Montaña. A aquella hora solían darle los tres primos de Andújar el sobrante de sus ranchos, y la costumbre le hacía acudir á la puerta falsa del cuartel en busca de su alimento, como lleva al perro á la cocina cuando se van á fregar los platos. Pero además le impulsaba á andar una excitación nerviosa extraña, una comezon que hacía vibrar sus músculos, un ardor íntimo que incendiaba su ser... ¿Queréis que os lo diga? Pues bien, sí; *Napoleon* estaba borracho, no con la borrachera feroz y escandalosa de esos hombres para quien es el

vino un demonio negro y soez que se apodera de sus sentidos, sino con esa modorra, con esa somnolencia morbosa, embrutecedora, quieta y muda, que convierte al hombre en piedra. Cansado, sudoroso, se dejó caer en un banco del paseo, y tuvo que apoyarse en él con ambas manos para no rodar. Una nube sombría pasaba por delante de sus ojos, y cuando los abrió, los árboles, las casas, la garita del centinela, la luna, el tranvía danzaron delante de él, como si un caprichoso mandato de la Naturaleza hubiese suspendido la ley de gravedad en aquel instante.

Napoleon vió algo aún más raro que este desequilibrio de las cosas; vió que se le acercaba una mujer hermosísima y vestida con lujo. Traía un rico gaban de pieles blancas que le cubría hasta los pies; una escofieta de terciopelo en la cabeza, de la cual se escapaban, cayendo con graciosa cascada por la espalda, rizos y bucles de color rubio pálido; azules eran sus ojos, recta, ateniense su nariz, y la barba, redondeada y llena, partida en dos bellas mitades por hechicero hoyuelo, con el que jugaba la luz. Sus manos, afiladas y tornátiles, mostraban muchas y riquísimas sortijas, y al moverlas, los reflejos de la luna producían en las piedras preciosas explosiones de caridad. Vió *Napoleon* á esta señora, y la oyó que decía:

—¿No me conoces? Mírame, y sabrás quién soy. Me llamaron Abundancia los gentiles; llámanme Noche-Buena los cristianos. Donde yo me hallo el imperio de la miseria acaba, y hasta en las casas pobres se sabe que he llegado. Hablan de mí en todas las cocinas con su hervor oloroso las besugueras, que tuestan al príncipe de los mares glaciales, y las tinajas del vino, que sueltan su espita como un avaro la llave de su tesoro. Alzate y goza de mis mercedes, *Napoleoncillo*, que también hay para tí espacio en mi mesa y dulces en mi bolsa de viaje.

Nada más oyó *Napoleon*, sino es el ruido que producían al caer sobre la arena mil monedillas doradas cual soles, y que la señora le echó como quien echa un puñado de avena á las gallinas.

También oyó el alegre pandereteo de una turba de mujerzuelas, que cruzó la calle en dirección al templo donde iba á comenzar la misa del gallo, y luego se quedó sordo, mudo, ciego, inmóvil, helado.

Así le encontraron á la mañana siguiente. Unos perros hambrientos se habían comido el contenido de la bandeja; la escarcha había plegado sobre el cuerpo de *Napoleon* el primer sudario.

Y allí cerca, en un edificio de churrigueresca y presuntuosa arquitectura, donde damas aristocrá-

ticas fundaron un asilo de la infancia, se leía escrito en la blanca pared con vistosas letras:

¡DEJAD VENIR Á MÍ LOS NIÑOS!

¡Pero la puerta estaba cerrada!

J. ORTEGA MUNILLA.

EN UN BAZAR

Era preciso verla en su departamento, en medio de su pueblo de *bambinos* de todas edades. Adoraba los niños: de suerte que no podía estar mejor colocada. A veces se contaban más de cincuenta niñas, y otros tantos niños, todo un turbulento colegio, abandonado á los deseos de una coquetería naciente. Las madres perdían la cabeza. Ella, conciliadora y sonriente, alineaba todo este pequeño mundo en sillas; y cuando había en el monton alguna chiquilla de color rosa, cuya hermosa carita la atraía, quería servirla ella misma, traía el traje, le ensayaba sobre sus espaldas gruesecillas con las tiernas precauciones de una hermana mayor. Risas claras oíanse resonar, ligeros gritos de éxtasis brotaban en medio de las voces maternas que reñían. A veces una chicuela, ya mayorcita, nueve ó diez años, teniendo sobre sus espaldas un paletó de paño, lo estudiaba delante del espejo, se volvía con la expresion embebecida, brillándole los ojos por el deseo de agradar. Y el desembalado cubría los mostradores: vestidos de tela de Ani Tora ó azul para niños de uno á cinco años, trajes de marino en zefir, falda lisa y blusa con adornos sobrepuestos de percal, trajes Luis XV, manteletas, chaquetillas, un revoltiño de vestimentas estrechas, tiesas, con gracia infantil, algo como el vestuario de una banda de muñecas grandes sacado de los armarios y abandonado al saqueo. Dionisia tenía siempre en el fondo de sus bolsillos algunas fruslerías, calmaba el llanto de un chiquillo desesperado por no llevarse unos calzones rojos, vivía entre los pequeños como en su familia natural, rejuvenecida por esta inocencia y esta frescura renovadas incesantemente alrededor de sus faldas.

EMILIO ZOLA.

(De su última novela *Le Bonheur des Dames*.)

BENEFICENCIA

CONGRESO INTERNACIONAL

PARA LA PROTECCION DE LA INFANCIA

Como más bien que á persona determinada se dirige á todas las que se interesan y hacen algo por los

pobres niños desvalidos, reproducimos la siguiente invitacion:

«Muy señor mio: La Sociedad general para proteger la infancia desamparada ó culpable, se ha ocupado con mucho interes, desde principios de 1882, de organizar en París un *Congreso internacional para la proteccion de la infancia*.

»Este proyecto ha sido acogido muy favorablemente, recibiendo numerosas adhesiones, tanto de Francia como del extranjero. El señor ministro de Estado ha tenido á bien abrir, por medio de sus agentes diplomáticos en Europa y América, una extensa informacion, que proporciona importantísimos documentos, merced á la benevolencia simpática de los Gobiernos extranjeros, á los cuales nos complacemos en enviar la expresion de nuestra gratitud.

»El éxito es seguro, y podemos desde luego fijar definitivamente la fecha de la apertura de estas grandes sesiones filantrópicas, que se verificarán en París el 15 de Junio de 1883, y en el local cuyas señas recibirá Ud. oportunamente.

»Todos los filántropos y los representantes de obras cuyo objeto es la proteccion de la infancia, sean sociedades, instituciones ó administraciones públicas ó privadas, serán bien recibidos. En este concepto, rogamos á Ud. con instancia que tenga á bien tomar parte en los trabajos del Congreso, honrándole con su presencia, ó, por lo ménos, dirigiéndole informes ó documentos.

»Adjunto va el programa, en resúmen, de las cuestiones que se someterán al Congreso.

»Tendremos la mayor satisfaccion si, recibida esta carta, tiene Ud. á bien manifestarnos si podemos contar desde luego con su simpatía y concurso.

»Esperándolo así, le rogamos que admita la expresion de nuestro afecto y consideracion. = El Presidente, *Jorge Bonjean*.

»NOTA IMPORTANTE.—A los señores miembros del Congreso que no reciban á tiempo la indicacion del local en que ha de verificarse, se les ruega que al llegar á París se dirijan á nuestra Administracion, calle de Lille, 47, donde tendremos el mayor gusto en ponernos á sus órdenes para todas las noticias que puedan necesitar.»

PROGRAMA

Resúmen de las cuestiones que han de tratarse en el Congreso

- I. La tierna infancia (niños de pecho abandonados, hijos de solteras, casas-cunas, tornos, etc.).
 - II. La infancia material ó moralmente abandonada (huérfanos, abandonados, hijos de familias indignas).
 - III. Aprendices.
 - IV. Refractarios á la asistencia á la escuela, rebeldes ó indómitos.
 - V. Encarcelados jóvenes.
- En cada uno de estos capítulos se examinará:
- 1.º La *estadística* comprobante de la extension del mal.
 - 2.º La *legislacion*, indicando todas las vías lega-

les vigentes de proteccion y las que convendría crear.

3.º *Medios económicos* existentes ó que pueden plantearse.

4.º *Sistemas, procedimientos ó medios prácticos* empleados, y resultados obtenidos.

* * *

«*La Sociedad general de proteccion para la infancia desamparada ó culpable*, se fundó en París, á fines de 1879, por la iniciativa de Mr. Jorge Bonjean. A los tres años de existencia tiene CINCO MIL miembros nacionales y extranjeros, y los establecimientos fundados ó patrocinados por ellos son diez y ocho, distribuidos en diez y seis departamentos. Resultados de tanta consideracion deben atribuirse principalmente á la amplitud del programa de la Sociedad, que no sólo se propone recoger y educar en sus Establecimientos los niños material ó moralmente abandonados, sino, y ante todo, crear un centro comun, donde las obras análogas pueden hallar, al mismo tiempo que recíproco apoyo moral y material, el mútuo socorro que resulta de aspiraciones y experimentos comunes.

»A consagrarse más especialmente á esta última mision era invitada la *Sociedad* por las aspiraciones consignadas en la gran informacion abierta por el Senado frances sobre todas las obras que en Francia se ocupan de proteger á los niños. Esta informacion ha demostrado que el aislamiento de estas obras era la principal causa del poco resultado obtenido hasta el presente.

»La necesidad de ponerse de acuerdo para la solucion de un problema que interesa á la humanidad entera, nos ha impulsado á tomar la iniciativa del primer *Congreso internacional para la proteccion de la infancia*.»

* * *

El objeto de este Congreso no puede ser más santo, más simpático á las almas compasivas, ni la persona que le congrega más digna de respeto afectuoso. Es aquel Bonjean cuyo padre fué sacrificado por la *Commune*: su corazon, tan cruelmente afligido por la maldad de los hombres, en vez de agriarse, se volvió compasivo hácia los niños, amparándolos para que no crecieran en el dolor y el abandono, que conduce á la culpa. Cuando á su alrededor oye los brándis que celebran el asesinato de su padre, perdona aquella impiedad de los que *no saben lo que se hacen*, y cuyos hijos, abandonados tal vez, él procura consolar, enseñar y corregir. Ejemplo raro de bondad, cuya admiracion debe convertirse en alguna buena obra.

Esperamos que España no quedará sin representacion en el *Congreso para la proteccion de la infancia*, y que las personas que no pudiendo ir tengan algo útil que comunicar, así lo hagan. Desgraciadamente, no podemos dar lecciones ni presentar ejemplos; pero si no auxiliamos eficazmente la grande obra, que al ménos se vea que la comprendemos, que la amamos y que la bendecimos.

CONCEPCION ARENAL.

CARTAS A UN DIPUTADO PROVINCIAL

SOBRE EL HOSPICIO Y LOS HOSPICIANOS

Carta segunda

(UNA CUESTION DE ORDEN)

Es una ventaja que mis cartas á Ud. sean mensuales, pues de este modo el tiempo se encarga de desnudar los hechos y darme, no sólo la razon, sino la calma suficiente para hacerla prevalecer.

Al finalizar mi carta anterior citaba una riña, y sabía que se discutían acaloradamente en el seno de la digna corporacion á que Ud. pertenece muchos puntos importantes; hoy, al empezar á emborronar unas cuantas cuartillas dirigidas á Ud. (pocas, pues me falta espacio para ello), me veo en la precision de recoger una noticia análoga á la que comentaba, así como ocuparme del asunto más importante que actualmente les *preocupará* sin duda alguna.

Me refiero á la direccion del Hospicio, que sacan á concurso.

Es un hecho que el Hospicio ha estado desordenado y sigue estándolo.

¿Le parece que nos ocupemos de esta *cuestion de orden*?

Los periódicos á quienes los asuntos de Beneficencia interesan, claman contra abusos como los que ocurren en Málaga, donde los asilados de la *Casa de la Misericordia*, segun parece *pocilga de la Caridad*, «les falta calzado, ropa, medicinas, están castigados por la sarna y duermen en jergones con paja podrida».

Aquí, me dirá, no ocurre esto. Pero en cambio el edificio es ruinoso, las niñas duermen en locales abuhardillados, se les da alimentos mal condimentados, carecen del necesario recreo, produciéndose clorosis, anemias, oftalmías y otros trastornos graves; los niños duermen tambien bajo techos apuntalados, van á escuelas de menaje maltrecho, no tienen en los patios lugar donde descansar, á no ser el suelo; no hallan la biblioteca disponible; salen y entran para los entierros, sin pensar un momento en si la educacion ó su salud se resentirá y... tantas y tan graves faltas (no citadas por la prensa, pero sentidas por Uds.) existirán en el Hospicio, que no es extraño se haya pensado en remover el personal y se halle en crisis ese *familisterio*.

Ahora bien; en el concurso á que han convocado se fijan sólo y exclusivamente en los servidores del Estado ó del Municipio, en la edad de aquéllos y en los años de servicio. ¿Creen Uds. que las condiciones expuestas en la convocatoria son garantía de que sirvan?

En manera alguna. Puede ser un individuo excelente padre de familia, inmejorable burócrata, no haber tenido ni un juicio de faltas en su vida, gozar de todos los derechos, cumplir con todos los deberes, ser probo, inteligente, servicial, honrado, lo más indispensable para ser elector y elegible, y faltarle lo más importante para ser director de un asilo de esa naturaleza: conocimientos y vocacion. La jefatura del Hospicio, cargo que no debe ser sólo administrativo, segun mi humilde

opinion, exige un hombre que conozca la pedagogía, la administracion y régimen de una familia numerosa, que ejerza *paternal*, pero severamente, su cargo, y que sienta tal inclinacion á su desempeño, sea una especialidad tan grande en este género de jefaturas, que pueda resolver conflictos y dilucidar cuestiones de todo género rápida y claramente.

Para ello, como Ud. comprende, no bastan años de servicio: más bien años de experiencia en todo caso.

En suma, dejando á Ud. en el grave problema de dar jefe al Hospicio, me despido hasta la próxima, que anticiparé si así fuese necesario, en la cual le expondré lo que creo debe ser dicho asilo.

MANUEL DE TOLOSA.

LOS NIÑOS EN EL TEATRO

No los consideremos en su primera edad, pues, si así lo hiciéramos, sólo podríamos hablar del delicioso efecto que producen en el público cuando interrumpen la escena más delicada con su intempestivo llanto, con ese *do de pecho* sostenido hasta que el ídem de la nodriza les acalla, y contestado desde todos los ámbitos del teatro con las cariñosas voces de «¡Fuera!» «¡A la cama ese rorro!» «¡A la Inclusa con él!» etc., etc.

Considerándolos, pues, en una edad que ya les permite disfrutar más ó menos del espectáculo, ni somos partidarios de los padres que por llevar á sus hijos á todas partes desde muy pequeños les hacen caprichosos, entrometidos y antipáticos, ni tampoco juzgamos conveniente la absoluta reclusion de los niños metiéndolos en la cama al anochechar despues de propinarles un par de caramelos si se han portado bien, ó cuatro azotes si han sido excesivamente diabólicos.

La cuestion está en que los padres procedan con el mayor tino en la manera de proporcionar el recreo á sus hijos, atendidas las condiciones de éstos.

El teatro constituye indudablemente uno de sus mayores placeres, pero no en todos los casos.

¿Por qué un niño de siete años prefiere *La pata de cabra* á *El hombre de mundo*? Porque el ver en escena tres ó cuatro personas vestidas al uso de sus padres y amigos; saliendo y entrando en una sala semejante á la de su casa, no le ofrece atractivo alguno; y en cambio, los guerreros, las brujas, los castillos y las bailarinas le entusiasman (si bien es cierto que estas últimas suelen entusiasmarle hasta la vejez *inclusive*).

Verdad es que la generalidad de los padres procede con oportunidad y acierto al buscar el divertimento de sus hijos; mas conviene recordar á todos que eso de hacer las delicias del pequeñuelo ofreciéndole una funcion de teatro, y llevarle des-

pues á ver una obra desprovista de aparato que distraiga su imaginacion y de bufonadas que diviertan su oído, es defraudar cruelmente sus esperanzas; porque para él no hay modelo más acabado de literatura dramática que *Las mil y una noches*, mientras García Gutierrez y Echegaray le merecen el concepto de genios chapuceros, cuyas obras llevan el hastío y la inquietud á los ánimos infantiles.

Los teatros de Guignol son un gran recurso para el solaz de los nenes y para el bolsillo de los padres. Allí los días festivos, á toque de campana, entra toda la familia menuda á ver un par de comedias de costumbres ó de capa y *estaca* (que es la espada de los polichinelas), y de este modo las criaturitas se divierten mucho por poco dinero, que no siempre lo excesivo del gasto está en razon directa de la intensidad del placer que le origina; allí cada cancion grotesca es una maravilla para el inocente auditorio; allí cada paliza de las infinitas que ocurren trae consigo una ovacion; allí, en fin, celebran los niños con sin igual contento las ridículas contorsiones de Pierrot, mientras las niñas gozan tambien al verse rodeadas de toda clase de infantes, unos que lo son por su edad, y otros por pertenecer á la infantería.

Mas, apartando nuestra vista de los actores de madera para fijarla en los muñecos de carne, penetremos en un teatro *formal* poblado de niños durante la funcion vespertina, y pasemos revista á tan dimitutos como poco respetables espectadores.

Unos, con la mirada fija en el escenario, se interesan en tales términos por la obra y sus personajes, que no se dan punto de reposo en hacer investigaciones como éstas:

«Papá: ¿por qué se marcha el viejo? ¿Por qué dices que aquélla es mujer si no lleva faldas? ¿Van á tirar tiros? ¿Va á salir el diablo? ¿Son de veras esos truenos? ¿Y no hemos traído paraguas! Dime, papaito: ¿por qué ese capitán besa la mano á la princesa? ¿es que ha hecho alguna cosa mala? Lo mismo hizo ayer D. Eduardo con mamá cuando tú no estabas..., etc., etc.

Otros chicos son el martirio de los espectadores colindantes. A cada momento están deseando salir del local en virtud de estas ó parecidas indirectas: «Yo quiero pan.» «Cómprame una rosquilla.» «Me aprieta este zapato.» «Yo quiero...» (aquí la madre tapa la boca al niño y ambos desaparecen).

En un lado vemos á un bebé que dormita reclinado en el antepecho de un palco, mientras en otro un rapaz, chupándose el dedo, no quita ojo de la escena y llora cada vez que el telón baja; demostrando unos y otros, en fin, su diferente educacion, su distinto genio y sus inclinaciones diversas.

Ahora bien: ¿es conveniente que los niños frecuenten el teatro con preferencia á otras clases de espectáculos? Indudablemente que sí.

Al paso que el niño que va á los toros pervierte su gusto y el que concurre al circo ecuestre está en peligro de romperse un hueso parodiando ciertos equilibrios, el que asiste al teatro no sólo pasa un rato divertido, sino que, prestando atención á lo que en las comedias sucede, consigue paulatinamente ver reflejado en su corazón el modo de ser de la sociedad en que vive, y se acostumbra, por punto general, á ver premiada la virtud y castigado el vicio.

Afirmase que en el teatro se aprende mucho bueno y mucho malo; mas en el recto criterio de los padres está el que sus hijos vayan á ver producciones que les deleiten sin herir su alma y que sean perfectamente adecuadas á sus pocos años.

Presenciando una comedia de magia, el niño no sólo goza y ríe durante su representación, sino que al siguiente día no deja en su casa títere con cabeza con tal de imitar fielmente la función que le agradó tanto. Por el contrario, un drama de costumbres le produce sueño, que es lo mejor que puede producirle, ó le obliga, si el chico es ya mayorcito, á hacer preguntas parecidas á ésta: «Mamá, ¿cómo es que aquel cómico de las barbas ha dicho que tenía un hijo natural? ¿Hay también hijos artificiales?...»

Damos punto con esto á tan mal hilvanadas consideraciones, ensalzando la conveniencia de que los niños frecuenten los teatros; y si esta conveniencia ofreciese alguna duda, que emitan su opinión sobre el asunto los empresarios teatrales, y verá el lector cómo están conformes con nosotros.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

PENSAMIENTOS Y FRASES

El alma de los niños es un abismo. No se sabe nunca hasta qué punto tienen noción de las cosas que nos dicen. En esa germinación misteriosa de los sentimientos y de las ideas que se efectúan constantemente en ellos, hay brotes repentinos de los que nadie nos advierte, fragmentos de comprensión que llegan á formar un conjunto, unidos entre sí por vínculos que el niño coge de repente.

(ALFONSO DAUDET.)

La Madre es el genio de la primera infancia.

(FEDERICO FROEL.)

Saber y sentir: hé aquí toda la educación.

(SRA. DE STAEL.)

El caballo indomable es intratable: el niño abandonado á su voluntad se hace insolente.

(Eclesiástes, cap XXX, vers. 8.)

DICHOS Y HECHOS

Nuestro querido amigo D. Joaquin de Guinea, Administrador de esta Revista, ha tenido la inmensa desgracia de perder su virtuosa madre, víctima de una cruel dolencia.

También han sufrido dolorosas pérdidas los Doctores Larra y Ustáriz, en las personas de su tío y de su padre respectivamente, y el distinguido farmacéutico D. José Martínez una preciosa niña.

La Redacción de LA MADRE Y EL NIÑO hace suyo tan acerbos dolores, y les envía el testimonio de su más sentido pésame.

Dice *La Crónica Riojana* de Logroño:

«En la noche del 5 fué abandonado un niño en los jardines del Espolon, con tan buena suerte que al poco rato era adoptado como hijo por el regimiento de caballería Almansa que guarnece esta capital, cuyos jefes y oficiales gozan de completas simpatías entre nosotros.

»El Sr. Cortijo, por conducto de un ayudante, hizo la petición á la Diputación provincial, que se hallaba en sesión, y ésta accedió gustosísima. Poco después el primero y segundo jefes se personaron en los salones á dar las gracias, á quienes el presidente, en nombre de sus compañeros, hizo presente el favor que á la provincia reportaban sus magnánimos sentimientos.

»A la criatura se le ha puesto por nombre Tomás Almansa.»

Un abogado de París ha hecho á esta ciudad un curioso legado: 25.000 francos en renta sobre el Estado, cuyos intereses se emplearán cada año en comprar juguetes para distribuirlos el 1.º de Enero entre los niños pobres de París.

La primera distribución empezará por el primer distrito, el segundo año se hará en el segundo, y así sucesivamente hasta el vigésimo.

Los varones recibirán libros, y las hembras muñecas y otros juguetes.

Este hombre caritativo adoraba á los niños, y ha pensado en proporcionar de este modo algunos placeres á los desheredados de la fortuna.

Es casi seguro que el legado será acogido favorablemente.

La prensa norte-americana refiere lo siguiente:

«Curiosos hechos han salido á luz con motivo de la muerte de un niño de seis meses, hijo adoptivo de una señora Pardo ó Mrs. Levey (viuda). Notificóse á uno de los vicecoroneros que el niño había muerto envenenado, y éste funcionario se encaminó á la residencia de la madre adoptiva, calle de Grant, núm. 22. La señora Pardo ó Mrs. Rose, según resulta de sus declaraciones, había adquirido, mediante la suma de cinco pesos, un niño que devolvió por ser enfermizo, diciendo estaba dispuesta á pagar hasta diez pesos por una criatura sana y de ojos negros como los de ella, la Pardo.

»No tardó en conseguir lo que buscaba por mediación

de una Mrs. Pose é Rose. Soltó los monises y recibió en cambio un robusto y hermoso niño y un documento de venta, cesion, traspase, donacion ó lo que ustedes quieran, extendido en debida forma y firmado por una señora Hayward, madre del tierno infante.

»Más tarde trató, segun parece, la Mrs. Pose de obtener dinero de la señora Pardo, apelando para ello á varias estratagemas; y ésta, temerosa de que la arrebatasen el niño, dejó la tiendecita de confites y tabacos que tenía en Spring Street y se mudó á Grant, donde descubrió su paradero la Pose.

»Poco más de una semana hace entró de sirvienta en su casa una negra, de quien despues sospechó que había sido mandada por la Pose. La negra se marchó hace días, y al siguiente falleció el niño, segun se creía, envenenado; pero, segun la autopsia, á causa de la insuficiente alimentacion y de una inflamacion intestinal.

»Dícese que el tráfico de niños es lo más general aquí de lo que se creía, y que hay sociedades que dan á criar las criaturas con biberon, y las nodrizas las venden, y al fin de mes, para presentarse á cobrar, llevan el niño de cualquier amiga.»

El distinguido decano de Cirugía del Hospital de Oviedo D. Plácido Alvarez Builla, en sesion celebrada por la Excm. Diputacion provincial de Asturias, ha sido nombrado Visitador-jefe de los Establecimientos de Beneficencia provincial.

El Sr. Builla, autor del ante-proyecto del Hospital Provincial, hoy en construccion, y de la Memoria y planos del Hospital Marino, primero en España, ambos aprobados por la Diputacion de Oviedo, merece con sobrada justicia el importante cargo con que le ha honrado esta ilustre corporacion.

ULTIMA HORA

Dice un periódico: «En el Hospicio riñeron ayer (día 24) dos asilados, habiendo inferido uno de ellos á su adversario una herida en el muslo derecho, producida con un hierro de una cama.»

Ni un comentario siquiera.



PUBLICACIONES RECIBIDAS

TIBERGHEN: *Krause y Spencer*. — Traducccion precificada de una biografia del autor, por H. Giner de los Rios. — Madrid. — Librería de Fernando Fe, 1883.

Lo conocido en el mundo científico de los nombres que encabezan esta noticia bibliográfica, vedan todo elogio. Tanto Tiberghien como los filósofos que examina en su estudio, lo mismo el distinguido traductor Giner como el ya popular librero Fe, nos indican lo excelente del libro, que á estas horas estará agotado.

— LANDOLT: *Manual del oftalmoscopio*. — Traducccion de A. Peña. — Con 17 figuras en el texto. — 1883.

El Dr. Peña es, sin duda, uno de los profesores que con mayor entusiasmo se han propuesto popularizar la difícil especialidad de la Oftalmología. Fundador de un bello periódico, *La Oftalmología práctica*, hoy da

una castiza traducccion de un manual utilísimo, á no dudarlo, á los profesores.

— MONTENEGRO Y CORRAL: *Colores y notas*. — Poesías con un prólogo de J. Santero. — Un folleto. — Alvarez, hermanos, 1883.

Este folleto, que podemos ofrecer con rebaja á nuestros suscritores, como se podrá ver en el lugar correspondiente, contiene inspiradas composiciones, que, como dice el Sr. Santero, aún cuando en ellas se adivina la inexperiencia de la juventud, respiran la frescura de la misma y sus nobles sentimientos.

— GOMEZ DE LA MATA: *Manual de inyecciones hipodérmicas*. — Segunda edicion, 1883.

El incansable escritor científico Dr. Gomez de la Mata ha publicado la segunda edicion del libro que anunciamos, muy útil para el médico práctico, sobre todo estando ya tan generalizado el método hipodérmico en Medicina.

— SANCHEZ DE CASTRO: *Higiene doméstica*. — Segunda edicion. — Leon, 1883.

Excelente folleto, escrito con perfecto conocimiento de causa y sencillo estilo, que recomendamos á las madres y maestras, pudiendo ser tambien leído por los niños de alguna edad.

— *Medicacion fosfo-calálica* de ALMERA. — Barcelona, 1883.

Entre el número inmenso de folletos de propaganda que diariamente ven la luz, hay algunos que recomiendan con justicia preparados verdaderamente útiles. El que ha publicado Almera sobre sus productos, es uno de ellos.

— *Memoria de la Asociacion de Escritores y Artistas durante 1882* por D. JOSÉ DEL CASTILLO Y SORIANO, *Secretario general*. — Tello, impresor, 1883.

La Memoria que ha publicado este año la Sociedad de Escritores y Artistas es, no sólo un modelo de belleza tipográfica, sino que está galanamente escrita. Contiene datos biográficos de los Socios. Todas estas circunstancias hacen sea codiciada.

— JOSÉ COSANO RODRIGUEZ: *Lecciones de higiene popular para uso de las escuelas*. — 1883.

Hé aquí un librito verdaderamente útil, y cuya importancia en las escuelas ha de ser grande. Escrito en forma narrativa é inspirado en los sanos preceptos de la ciencia, contiene cuanto debe conocer un hombre civilizado. Su lectura en las escuelas ha de ser una poderosísima causa de cultura popular. Le recomendamos, pues, con toda eficacia, sintiendo no poder disponer de más espacio para dedicarle la atencion que merece el libro del ilustrado médico Sr. Cosano.

— FONSSAGRIVES: *Le rôle des mères dans les maladies des enfants*. — El laborioso y sabio Dr. Fonssagrives ha publicado una nueva edicion de su libro *Papel de las madres en las enfermedades de los niños*, que encierra importantísimas indicaciones. En él, negando que la madre pueda ser médico de sus hijos, opinion errónea que con dolor hemos visto que algunos profesores mantienen, se da la norma para que aquélla sea la auxiliar del médico é ilustradísima enfermera. En algun número nos ocuparemos de transcribir varios preceptos de la obra de nuestro respetable profesor, cuya atencion estimamos, felicitándole por esta tercera edicion.

PERIÓDICOS: ANALES DE LA SOCIEDAD ECONOMICA MATRITENSE. — REVISTA DE MADRID. — Excelente publicacion fundada y dirigida por el distinguido poeta y escritor D. Miguel García Romero, que cada día imprime nuevas mejoras á su periódico. — EL MINERO DE LA UNION. — ILUSTRACION MUSICAL. — A MULHER, de Lisboa.

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8



10 céntimos

NÚMERO EXTRAORDINARIO

10 céntimos

SUMARIO: Al pueblo. — El día de San Isidro (Recuerdos de un niño). — Un poco de aforística. — Nuestros hijos. — La madre. — Amor eterno. — Máximas higiénicas. — La educacion religiosa. — Bendito instinto. — Destino de la mujer. — Un grave error. — La maternidad. — En un álbum. — La preservacion del garrotillo. — ¡No quiero llevarle al hospital! — La muñeca. — A una niña. — Dos definiciones de interes para las madres. — La ley y el niño. — Los chicos de la calle. — Un consejito. — Vox populi. — La paternidad. — Estado sanitario.

AL PUEBLO

Querido lector:

El periódico que hoy tomas por vez primera en la mano no es un simple papel, peor ó mejor manchado, que llama tu atencion para proporcionarte un instante de esparcimiento. Aspira á más. Su nombre te lo indica: LA MADRE Y EL NIÑO. Lo que hay de más amado en el mundo, lo que es más débil en la vida. Esas dos personas que forman la base de la familia, de las cuales dimana el porvenir de todo pueblo, ahora más que nunca necesitados de instruccion, cuidados, educacion, amor. Lee, pues, estas páginas para recordar siempre su cariño, para contribuir á su educacion, para prodigarles cuidados é instruirles instruyéndote. Si cooperando con alguna constancia á propagar sus preceptos das vida á la Revista, salvarás de la muerte á muchos desgraciados seres, víctimas de la ignorancia, y contribuirás á la creacion de instituciones que son cada día más necesarias. No mires, pues, con indiferencia los esfuerzos de las gentes de corazon, y con Dios queda.

LA REDACCION.

EL DÍA DE SAN ISIDRO

(RECUERDOS DE UN NIÑO)

¡No le puedo olvidar! Con su traje pardo, sus largas melenas, su barba recortada, aquella aureola de plomo clavada en el mismo vértice de la cabeza, y la brúñida esteva en la mano derecha, erguíase en su pedestal de barro, convirtiendo la mirada al cielo y dando carácter á mi clásico altarito, formado con una funda de almohada, bajo la cual se elevaba un catafalco hecho con libros, adornado por flores recogidas en los jardinillos, camino de la fuente de la Salud, y sendos accesorios de estaño. ¡Con qué ansia esperaba el día de su santo! Aquella mañana se almorzaba en el campo desde tiempo inmemorial; estrenaba un traje completo, y mi padre abandonaba el clásico sombrero de copa, con lo cual me parecía que jugábamos á viajar.

La chacha almidonaba su mejor vestido de percal blanco con florecitas, y dos días antes se preparaban los trebejos para que el banquete matutino fuera opíparamente modesto, succulento y sabroso. ¡Qué noche la de la víspera! A las ocho nos acostaban, y antes de la una parpadeaban mis ojos más que la lamparilla de noche, que de costumbre se apagaba al amanecer.

La lucecilla parecía burlarse de mi impaciencia, y la tripuda cafetera, que el cuidadoso celo de la madre colocaba sobre la linterna de cristales como poderoso auxiliar para alguna indisposicion imprevista, mosconeaba en tiple como un mosquito rebelde, desvelándome más y más. Una puerta cerrada á deshora en la ca-

lleja estrecha, el aldobonear producido por un vecino impaciente, la voz del sereno, monótona como el reclamo de las codornices con su insistente canturía, me iban quitando el sueño, hasta que las campanillas de las burras de leche y lejano rumor de aprestos de diana en las interioridades de la casa me obligaban á incorporarme, á atisbar la indecisa claridad del alba que se reflejaba en las cortinas de la alcoba, y lanzarme á la cama grande para despertar á besos la mamita de mi vida.

Y á los pocos minutos todo el mundo estaba en movimiento. Era preciso llegar á las seis á la pradera, y entónces... sonaba el feliz instante de tomar posesión de la chaquetilla de dril y el chalequillo de piqué, y esgrimir el bastoncito de puño de cristal, y embriagarse con el olor de paja nueva del sombrero de alas engomadas, que se pegaban á los dedos, y de cuya virginal tiesura estaba tan celoso. Ya está puesta la comida en la cesta, la chacha vestida, los hermanitos arreglados, y la corbata de color acaba de recibir el último artístico estirón de la madre, que riñe besando y gruñe riñendo. ¡En marcha! ¡Qué fresca la mañana, qué hermoso el cielo, qué puro el aire! Se piensa en los que vendrán luego á la tarde, en revuelta romería, á emborracharse; y á medida que se llega al campo, las botitas de charol se cubren de polvo, se emprende un trote corto, refrenado por la madre al pasar el ponton, y, una vez allí, en el calvo escampado se busca sitio, se pone la mesa, cómpranse pan y rosquillas, se comen los fiambres, el jamon, el escabeche, ¡qué sé yo qué más! Se bebe en un mismo vasito, estrénase un botijillo con agua del santo, y el sol surge y brilla con la majestad de una grandiosa bengala. Rápidamente llénase de resplandores el paisaje, las amapolas se estremecen cubiertas de rocío, suenan alegres las campanas de la ermita, acentúanse las voces de los vendedores, una murga entona su primera sinfonía junto á un Tío Vivo, los ómnibus, repiqueteando cascabeles, empiezan á soltar gente, las gitanas asedian con sus melosas frases, los pobres acuden como moscas y las moscas importunan como mendigos; y después de recorrer los puestos, ver la inextinguible familia de las Javieras y hacer repuesto de rosquillas y torraos, comprar el santo que ha de figurar en el altarito, amén de cierto aguador provisto de su cubita, obra de un insigne escultor desconocido, se emprende de nuevo la marcha y se regresa á casa á las nueve, cansados, sí, pero felices, con hartazgo de juego y de alimento, alegres con dos dedillos de vino, que aumentan el mareante ruido de pitos, cascabeles, gritos, cantos y maldiciones.

¡Los padres no han regañado, el pantalón está intacto, y ni se manchó la corbatita azul, ni el sombrero viene alicaído! El sueño que se ahuyentó durante la noche llega ahora á borbotones, y se duerme la siesta en el hogar donde reina la paz, mientras el tiempo prepara días brumosos para lo por venir á quien siempre soñó con días de sol como el de San Isidro.

MANUEL DE TOLOSA LATOUR.

UN POCO DE AFORÍSTICA

La *crianza* de un hijo debe comenzar desde el primer signo de embarazo; su *educación* desde la ligadura del cordón umbilical.

No digas ni hagas ¡oh madre! delante de tus hijos lo que no pudieres decir ó hacer, sin detrimento de tu decoro, en mitad del día y de la Puerta del Sol.

Voluntad de hierro evita lección de palo.

Mantente, niño, alegre, meon y buen durmiente... y riase la gente.

Del médico de niños vale más, por punto general, un consejo que una receta.

El verdadero embarazo dura veinticinco años: todo este tiempo necesita una madre para dirigir á buen término lo más recio y lo más tenue de nuestro ser: huesos y sesos.

En las enfermedades de los niños, la asidua observación de la madre forma la mitad de la ciencia del médico.

Madre, si tu niño en la primera infancia se presentase extraordinariamente famoso, pon tus ojos en su padre y en tí misma; y si comprendieres que vuestra propia robustez no corresponde á aquellos alardes de la criatura, ponla bajo la dirección de un médico sin preguntarme el por qué. Reflexiona tan sólo que nadie da lo que no tiene, y que si en aritmética se dice que *ménos multiplicado por ménos da más*, se entiende que ese *más* es más cantidad de ménos.

— Carolina con mal de ojos; Adolfin con mal de oídos; Juan con costras en los codos...

— ¿Y los demás?

— Todos buenos.

— Pues al médico con todos.

Malaventurado el hogar doméstico donde, al morir el esposo, muere con él el padre. Así, la perfecta viuda es aquella que, asumiéndose el oficio paterno sin renunciar al materno, transforma en bien de sus hijos aquella misma energía que otras viudas disipan en lágrimas de sus ojos.

DR. JOSÉ DE LETAMENDI.

NUESTROS HIJOS

Nos colman de ventura y de contento

Los hijos al nacer;

Por ellos el más bárbaro tormento

Sufrimos con placer.

Mas ¡ay! que con frecuencia á nuestro lado

Muy breve plazo están,

Y hácia el empuje, de donde han bajado,

Nuevamente se van.

Al remontar hasta el Señor su vuelo,

Cual ángeles que son,

Nos dejan desgarrado y sin consuelo,

Y yerto el corazón.

Quedan no más á los que así les vimos

El mundo abandonar,

Recuerdos de la dicha que perdimos,

Ojos para llorar.

LUIS BARINAGA.

LA MADRE

Cuentan los naturalistas que la hembra del precioso insecto conocido con el nombre de cochini-lla, cuya existencia se reduce á lo necesario para chupar el jugo de la pala ó cactus donde vive y muere, da toda su interior sustancia, al entrar en la madurez de su edad, á los gérmenes que han de conservar su especie; y cuando ya no tiene que darles porque ha encontrado la muerte de puro comunicar la vida, los protege y los ampara, y los abraja con el tegumento de su helado cadáver.

Así es la madre: da la primera vida con su san-gre al feto; da el primer alimento con su leche al niño; da su corazon en sus besos; da su alma en-tera con su educacion; nos sigue como el ángel de nuestra guarda en vida, y despues de muerta pliega sus manos é hinca sus rodillas, y está en la bienaventuranza de perpetua y mística oracion por la salud y la felicidad de sus hijos.

EMILIO CASTELAR.

AMOR ETERNO

Todo pasa, todo se extingue, todo cambia: afectos, ilusiones, gloria, amistad, amor: todo se desvanece más tarde ó más temprano: sólo queda una cosa en nuestra alma, sólo un recuerdo sobrevive á todos los desencantos. ¡El recuerdo de una madre!

Todo desaparece, todo cambia, todo pasa en nuestro espíritu; sólo queda una cosa que no se borra jamás: ¡el recuerdo querido de la mujer que nos ha acompañado constante y cariñosamente en los primeros años de la vida, y cuya memoria va unida á cuanto hay de puro, de noble, de levantado en nuestro sér!

SEGISMUNDO MORET.

MAXIMAS HIGIÉNICAS

Cría á tus hijos al sol, á tus hijastros al brasero.

No se deben comprar á los niños muchas golosinas; cuestan caras.

No sé por qué llaman á la ténia *solitaria*, cuando vive siempre en compañía de otro.

La madre que tiene un hijo debe criarle: si el parto es doble, debe buscar ama; pero si pare tres ó más, debe criarlos todos... el padre que los hizo.

No conviene enviar los niños al Ateneo hasta que no estén destetados.

JOSÉ FERNANDEZ BREMON.

LA EDUCACION RELIGIOSA

La educacion religiosa ha de ser uno de los objetos preferentes de los encargados de enseñar á la juventud, porque esta enseñanza es la que nos da á conocer los vínculos que unen á nuestra parte inmateral con el Autor de todo lo criado, la que regula los deberes de la criatura con el Criador, la que nos dice el culto que más le agrada y la que nos da resuelto el problema de la otra vida, de la manera más conforme con las aspi-raciones del corazon humano.

Precisamente en esta época de positivismo, en que, segun confesion del mismo Víctor Hugo en la Asam-blea francesa, no hay más que una desgracia que la-mentar, y es la tendencia á limitar todo á esta vida, arrebatando á los que sufren hasta la esperanza de una vida mejor, es cuando debe inculcarse más en el áni-mo del pueblo la existencia de un Dios justo, remune-rador de la virtud y de los sufrimientos.

DR. RAFAEL MARTINEZ MOLINA.

BENDITO INSTINTO

Mi seno y tu boquita,
Por misterioso impulso,
Se unieron al instante
En que viniste al mundo.

Como la abeja busca
Miel en el cáliz puro,
Que en ella tal instinto
Naturaleza puso,
Así tus dulces labios
Reclaman el tributo
Que en ondas abundantes
Va de mi sér al tuyo.

EMILIA PARDO BAZAN.

DESTINO DE LA MUJER

La mujer que se entrega completamente á la indus-tria, al comércio, á la literatura, á las artes, suele ver con cierto desden el hogar doméstico, tener deseos de alejar de sí á esos mismos hijos cuya educacion le está confiada, ver en ellos un obstáculo para sus elucubra-ciones mentales ó sus trabajos científicos, y perder, por fin, su carácter, ese carácter sentimental que debe tener si quiere cumplir su fin y su destino.

Y si la mujer es pobre y tiene que dedicarse al tra-bajo, bajando al fondo del taller, de la fábrica, ¿cuán tristes no son los efectos de lo que estoy diciendo? Se ve entonces obligada á abandonar á sus hijos, á dejar-los sumidos en una triste soledad, que los hace inso-ciables y huraños, ó darles completa libertad, haciendo que rompan los hábitos de toda disciplina, y contrai-gan desde sus primeros años vicios que es muy difícil desarraigar más tarde. Esa pobre mujer que baja al fondo del taller cree, por otra parte, que así contribui-rá al sosten de su familia, y ni aún esto logra: hace con

su trabajo concurrencia al hombre, acaso á su propio marido, á su padre, á su hermano, y sucede no pocas veces que lo que ella gana lo pierda su marido, sin que pueda aumentar el capital de la familia ni cuidar de la educacion de sus hijos.

No es ese camino el que yo quisiera que la mujer siguiese; no fuera, sino dentro del hogar doméstico tiene la mujer su teatro, su asiento, su trono.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

UN GRAVE ERROR

Hay muchos que opinan (tal es la fuerza de la costumbre y el empuje irresistible de la masa social cuando va caminando en direccion determinada) que la mujer no debe ocuparse en nada serio, grave é importante; que, bien al contrario, sólo las cosas fútiles y ligeras son dignas del bello sexo. Hablarle, por ejemplo, del elegante vestido, del prendido lleno de gusto, del magnífico terciopelo, tan excelente que no se le ve la trama por mucho que se doble y por mucho que se mire al sol; hablarle del gro, que no se arruga por más que se oprima y se oprima; hablarle, en fin, de paseos, de teatros, de placeres y de tantas otras cosas de esta importancia, ya es distinto, ya es aceptable; pero sin que en manera alguna se la pueda ni se la deba ocupar en cosas graves, en cosas importantes, en cosas razonables!

Yo creo esta opinion, no sólo infundada, sino altamente ofensiva para ellas, y la rechazo enérgicamente en nombre de la justicia, de la verdad y de las nuevas ideas, que, generosas y elevadas, pugnan por regenerar á la mujer, fortificando su espíritu y desarrollando su razon.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA MATERNIDAD

La maternidad engrandece como nada la influencia de la mujer y completa el cielo de su existencia asignándole la verdadera mision que la Providencia la ha confiado, y es innegable que somos más hijos de nuestra madre que de nuestro padre.

Cuando evocamos ante nuestra conciencia la personalidad maternal; cuando pronunciamos el solo nombre de madre, todos cuantos recuerdos de beneficios, de cariño y adhesion se hallan ligados á este nombre como cortejo inseparable, nos causan tal respeto que no acertamos ni á concebir siquiera que le falte un solo derecho más al mismo que aún pudiera serle reclamado.

En nuestra conciencia, en la de los hombres de corazon más escéptico, encontraremos siempre cierta especie de culto para el título de madre. Si á un jóven sin fe, cuya fantasía se consume en satirizar la virtud de la mujer y que se rie de la misma como de una vulgar preocupación, se le dice que su madre fué débil algún día, este escéptico jóven enrojecerá de indigna-

cion, desmentirá al que así le hablare, y le provocará tal vez; no habrá en él un solo sentimiento que no se levante á protestar de la ofensa. Un ilustre sabio, por cierto contemporáneo, ha demostrado que la mujer que aún no ha llevado en su seno á un sér humano es mujer incompleta, y frecuentemente enferma ó valetudinaria; no basta que la mujer sepa amar, no es bastante que llegue á ser esposa, es necesario que sea madre. A la manera que el espíritu no alcanza toda su fuerza si no pasa por medio de las pruebas amargas de la vida, así tambien el cuerpo de las mujeres no alcanza todo su desenvolvimiento sin las fatigas y trabajo de la gestacion. La misma lactancia, tarea tan ruda, renueva la órganos que parece debía consumir; el pecho se dilata, se ensanchan los hombros, y hasta la cabeza se eleva sobre el cuello más recta y más flexible; la mujer, en fin, sólo se manifiesta acabada criatura á nuestros ojos llevando un hijo en sus brazos. El teatro, que ha representado mujeres adúlteras, hermanas envidiosas y enemigas, hijas parricidas, jamás ha osado atacar la personalidad de la madre: ella sola es en la tierra un Dios sin ateos.

DR. ENCINAS.

EN UN ALBUM

Niña, las ilusiones
Son nubes blancas
Que el sol de los pesares
Convierte en lágrimas;
Y la ventura
Es lirio que se mece
Sobre una tumba.

P. A. DE ALARCON.

LA PRESERVACION DEL GARROTILLO

Hé aquí los consejos higiénicos más importantes para evitar la presentacion de tan terrible mal en los niños:

- 1.º No tener á los niños con exceso de abrigo en la cama, ni sacarlos del dormitorio inmediatamente despues de haberse despertado.
- 2.º No vestirles con esos trajes de lana y pieles que abrigan y calientan demasiado la cabeza y cuello, y dejan al descubierto los muslos y las piernas.
- 3.º No llevarles á paseo por la mañana temprano, ni por la noche á huertos ó jardinillos, mucho menos si la tierra está húmeda ó recién regada.
- 4.º No permitirles jugar en las porterías ni en los sótanos, cuartos bajos húmedos y fríos.
- 5.º No llevarles á paseo en coche abierto en días húmedos ó en que soplen los vientos del Norte.
- 6.º No dejarles comer fiambres, ni frutas, ni verduras cocidas ni trasnochadas.
- 7.º Cuando reinen las afecciones diftéricas tener aislados é incomunicados á los niños, y administrarles por la mañana en ayunas una ó dos cucharadas de tisana templada de flores de manzanilla.

DR. BENAVENTE.

¡NO QUIERO LLEVARLE AL HOSPITAL!

Hé aquí una frase que suelen repetir con harta frecuencia ciertas madres cuando, en vista de los escasos recursos pecuniarios con que cuentan, teniendo presentes las malas condiciones higiénicas que rodean á sus hijos enfermos, son instadas para que los conduzcan á uno de esos asilos que la Beneficencia ha levantado para albergar en ellos al infeliz que, falto de los bienes materiales, sufre la pérdida de otro don más precioso, la salud. El cariño maternal se subleva ante la idea de abandonar á su hijo, de perderlo de vista en momentos en que la enfermedad le agobia; así es que prefiere consumir sus ahorros, empeñar sus ropas, deshacerse de cuantos objetos le son más gratos con tal de conservar el más preciado para ellas, su hijo. ¡Cuán equivocadas están en sus designios! En el Hospital los niños tienen cama en las mejores condiciones; poseen extensas y ventiladas galerías, risueñas azoteas, donde la luz del sol, el soplo de la brisa y la vista del azul del cielo obran más milagros que todas las prescripciones de la farmacopea; excelentes médicos cuidan del restablecimiento de su salud, y suplen los desvelos maternos bondadosas hijas de la Caridad. ¡Cuánto más fácil es desechar la enfermedad en estas condiciones que no en cuartos húmedos, privados de los rayos solares, exentos de ventilación, recibiendo quizá las odoríferas y nada agradables emanaciones de un patio vecino, en un lecho miserable, condiciones todas que se reunen, por desgracia, en las viviendas de nuestra clase jornalera! No vacilen, pues, las familias que carezcan de recursos en conducir á sus hijos al Hospital; comprendemos que les será dolorosa esta separación; pero más horrible sería que, efecto de la mala higiene de su habitación, fueran arrebatados por la muerte seres queridos. Madres; nada significa una separación de unos días cuando en último término os esperan los brazos de vuestro hijo, que, curado de una manera racional y científica, presenta ante vosotras su rostro demandando un apasionado beso.

DR. CALATRAVEÑO.

LA MUÑECA

En una noche de Enero,
Una niña pordiosera
Con los pies casi desnudos,
Con las manecitas yertas,
Cubriendo, á modo de manto,
Con su falda la cabeza,
Y sin temor á la lluvia,
Que más cada vez arrecia,
Contempla extasiada y triste
El interior de una tienda
Que por su gusto en juguetes
Es en Madrid la primera.

— ¿Qué haces aquí? le pregunta
Con voz desabrida y seca,
Un dependiente, empujando

Á la niña hasta la acera!
— Déjeme usted; ¡si es que estaba
Mirando aquella muñeca!
— ¡Vaya! Retírate pronto
Y deja libre la puerta.
— Dígame usted, ¿cuesta mucho?
— ¿Quieres marcharte, chicuela?
— ¿Será muy cara, verdad?
¡Lo que es como yo pudiera!...
— ¡El demonio de la chica!
¿Pues no quiere comprar ella?...
Lárgate á pedir limosna
Y déjate de simplezas,
La muñeca que te gusta
Vale un duro; con que ¡fuera!

Marchóse la pobre niña
Ocultando su tristeza...
En vano pide limosna...
Ninguna escucha sus quejas,
Y desfallecida y débil
Cruza calles y plazuelas,
Recordando en su amargura
La tentadora muñeca.

— ¡Caballero, una limosna
A esta pobrecita huérfana!
— ¡Déjame, que voy de prisa!
— ¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea
Un centimito!... ¡Tengo hambre!...
— (¡Pobre niña! ¡Me da pena!)

¡Toma!
— ¡Señor! ¡Si es un duro!
— Te lo doy para que puedas,
Siquiera por esta noche,
Tener buena cama y cena.
— ¡Déjeme usted que le bese
La mano!

— ¡Quita, tonfuella!
— ¡Que Dios se lo pague á usted!
¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!
¿No será falso, verdad?
— ¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas?...
— No, señor... perdone usted...
Pero... ¡vamos! la sorpresa...
¡Si voy á volverme loca
De alegría!... ¡Quién dijera!
¡Que Dios le premie en el mundo
Y le dé la gloria eterna!
Y apretando entre sus manos
Convulsivas la moneda,
Corrió por la calle abajo
Veloz como una saeta.

A la mañana siguiente
Se comentaba en la prensa
El hecho de haberse hallado,
En el quicio de una puerta,
¡El cadáver de una niña
Abrazada á una muñeca!

VITAL AZA.

su trabajo concurrencia al hombre, acaso á su propio marido, á su padre, á su hermano, y sucede no pocas veces que lo que ella gana lo pierda su marido, sin que pueda aumentar el capital de la familia ni cuidar de la educacion de sus hijos.

No es ese camino el que yo quisiera que la mujer siguiese; no fuera, sino dentro del hogar doméstico tiene la mujer su teatro, su asiento, su trono.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL.

UN GRAVE ERROR

Hay muchos que opinan (tal es la fuerza de la costumbre y el empuje irresistible de la masa social cuando va caminando en direccion determinada) que la mujer no debe ocuparse en nada serio, grave é importante; que, bien al contrario, sólo las cosas fútiles y ligeras son dignas del bello sexo. Hablarle, por ejemplo, del elegante vestido, del prendido lleno de gusto, del magnífico terciopelo, tan excelente que no se le ve la trama por mucho que se doble y por mucho que se mire al sol; hablarle del gro, que no se arruga por más que se oprima y se oprima; hablarle, en fin, de paseos, de teatros, de placeres y de tantas otras cosas de esta importancia, ya es distinto, ya es aceptable; pero sin que en manera alguna se la pueda ni se la deba ocupar en cosas graves, en cosas importantes, en cosas razonables!

Yo creo esta opinion, no sólo infundada, sino altamente ofensiva para ellas, y la rechazo enérgicamente en nombre de la justicia, de la verdad y de las nuevas ideas, que, generosas y elevadas, pugnan por regenerar á la mujer, fortificando su espíritu y desarrollando su razon.

JOSÉ ECHEGARAY.

LA MATERNIDAD

La maternidad engrandece como nada la influencia de la mujer y completa el cielo de su existencia asignándole la verdadera mision que la Providencia la ha confiado, y es innegable que somos más hijos de nuestra madre que de nuestro padre.

Cuando evocamos ante nuestra conciencia la personalidad maternal; cuando pronunciamos el solo nombre de madre, todos cuantos recuerdos de beneficios, de cariño y adhesion se hallan ligados á este nombre como cortejo inseparable, nos causan tal respeto que no acertamos ni á concebir siquiera que le falte un solo derecho más al mismo que aún pudiera serle reclamado.

En nuestra conciencia, en la de los hombres de corazon más escéptico, encontraremos siempre cierta especie de culto para el título de madre. Si á un joven sin fe, cuya fantasía se consume en satirizar la virtud de la mujer y que se rie de la misma como de una vulgar preocupacion, se le dice que su madre fué débil algún día, este escéptico joven enrojecerá de indigna-

cion, desmentirá al que así le hablare, y le provocará tal vez; no habrá en él un solo sentimiento que no se levante á protestar de la ofensa. Un ilustre sabio, por cierto contemporáneo, ha demostrado que la mujer que aún no ha llevado en su seno á un ser humano es mujer incompleta, y frecuentemente enferma ó valetudinaria; no basta que la mujer sepa amar, no es bastante que llegue á ser esposa, es necesario que sea madre. A la manera que el espíritu no alcanza toda su fuerza si no pasa por medio de las pruebas amargas de la vida, así tambien el cuerpo de las mujeres no alcanza todo su desenvolvimiento sin las fatigas y trabajo de la gestacion. La misma lactancia, tarea tan ruda, renueva la órganos que parece debía consumir; el pecho se dilata, se ensanchan los hombros, y hasta la cabeza se eleva sobre el cuello más recta y más flexible; la mujer, en fin, sólo se manifiesta acabada criatura á nuestros ojos llevando un hijo en sus brazos. El teatro, que ha representado mujeres adúlteras, hermanas envidiosas y enemigas, hijas parricidas, jamás ha osado atacar la personalidad de la madre: ella sola es en la tierra un Dios sin ateos.

DR. ENCINAS.

EN UN ALBUM

Niña, las ilusiones
Son nubes blancas
Que el sol de los pesares
Convierte en lágrimas;
Y la ventura
Es lirio que se mece
Sobre una tumba.

P. A. DE ALARCON.

LA PRESERVACION DEL GARROTILLO

Hé aquí los consejos higiénicos más importantes para evitar la presentacion de tan terrible mal en los niños:

- 1.º No tener á los niños con exceso de abrigo en la cama, ni sacarlos del dormitorio inmediatamente despues de haberse despertado.
- 2.º No vestirles con esos trajes de lana y pieles que abrigan y calientan demasiado la cabeza y cuello, y dejan al descubierto los muslos y las piernas.
- 3.º No llevarles á paseo por la mañana temprano, ni por la noche á huertos ó jardinillos, mucho ménos si la tierra está húmeda ó recién regada.
- 4.º No permitirles jugar en las porterías ni en los sótanos, cuartos bajos húmedos y fríos.
- 5.º No llevarles á paseo en coche abierto en días húmedos ó en que soplen los vientos del Norte.
- 6.º No dejarles comer fiambres, ni frutas, ni verduras cocidas ni trasnochadas.
- 7.º Cuando reinen las afecciones diftéricas tener aislados é incomunicados á los niños, y administrarles por la mañana en ayunas una ó dos cucharadas de tisana templada de flores de manzanilla.

DR. BENAVENTE.

¡NO QUIERO LLEVARLE AL HOSPITAL!

Hé aquí una frase que suelen repetir con harta frecuencia ciertas madres cuando, en vista de los escasos recursos pecuniarios con que cuentan, teniendo presentes las malas condiciones higiénicas que rodean á sus hijos enfermos, son instadas para que los conduzcan á uno de esos asilos que la Beneficencia ha levantado para albergar en ellos al infeliz que, falto de los bienes materiales, sufre la pérdida de otro don más precioso, la salud. El cariño maternal se subleva ante la idea de abandonar á su hijo, de perderlo de vista en momentos en que la enfermedad le agobia; así es que prefiere consumir sus ahorros, empeñar sus ropas, deshacerse de cuantos objetos le son más gratos con tal de conservar el más preciado para ellas, su hijo. ¡Cuán equivocadas están en sus designios! En el Hospital los niños tienen cama en las mejores condiciones; poseen extensas y ventiladas galerías, risueñas azoteas, donde la luz del sol, el soplo de la brisa y la vista del azul del cielo obran más milagros que todas las prescripciones de la farmacopea; excelentes médicos cuidan del restablecimiento de su salud, y suplen los desvelos maternales bondadosas hijas de la Caridad. ¡Cuánto más fácil es desechar la enfermedad en estas condiciones que no en cuartos húmedos, privados de los rayos solares, exentos de ventilación, recibiendo quizá las odoríferas y nada agradables emanaciones de un patio vecino, en un lecho miserable, condiciones todas que se reunen, por desgracia, en las viviendas de nuestra clase jornalera! No vacilen, pues, las familias que carezcan de recursos en conducir á sus hijos al Hospital; comprendemos que les será dolorosa esta separación; pero más horrible sería que, efecto de la mala higiene de su habitación, fueran arrebatados por la muerte seres queridos. Madres; nada significa una separación de unos días cuando en último término os esperan los brazos de vuestro hijo, que, curado de una manera racional y científica, presenta ante vosotras su rostro demandando un apasionado beso.

DR. CALATRAVEÑO.

LA MUÑECA

En una noche de Enero,

Una niña pordiosera

Con los pies casi desnudos,

Con las manecitas yertas,

Cubriendo, á modo de manto,

Con su falda la cabeza,

Y sin temor á la lluvia,

Que más cada vez arrecia,

Contempla extasiada y triste

El interior de una tienda

Que por su gusto en juguetes

Es en Madrid la primera.

— ¿Qué haces aquí? le pregunta

Con voz desabrida y seca,

Un dependiente, empujando

Á la niña hasta la acera!

— Déjeme usted; ¡si es que estaba

Mirando aquella muñeca!

— ¡Vaya! Retírate pronto

Y deja libre la puerta.

— Dígame usted, ¿cuesta mucho?

— ¿Quieres marcharte, chicuela?

— ¿Será muy cara, verdad?

¡Lo que es como yo pudiera!...

— ¡El demonio de la chica!

¿Pues no quiere comprar ella?...

Lárgate á pedir limosna

Y déjate de simplezas.

La muñeca que te gusta

Vale un duro; con que ¡fuera!

Marchóse la pobre niña

Ocultando su tristeza...

En vano pide limosna...

Ninguna escucha sus quejas,

Y desfallecida y débil

Cruza calles y plazuelas,

Recordando en su amargura

La tentadora muñeca.

— ¡Caballero, una limosna

A esta pobrecita huérfana!

— ¡Déjame, que voy de prisa!

— ¡Por Dios, señor! ¡Aunque sea

Un centimito!... ¡Tengo hambre!...

— ¡Pobre niña! ¡Me da pena!

¡Toma!

— ¡Señor! ¡Si es un duro!

— Te lo doy para que puedas,

Siquiera por esta noche,

Tener buena cama y cena.

— ¡Déjeme usted que le bese

La mano!

— ¡Quita, tonfuella!

— ¡Que Dios se lo pague á usted!

¡Un duro!... ¡Estoy más contenta!

¿No será falso, verdad?

— ¡Cómo, muchacha! ¿Tú piensas?...

— No, señor... perdone usted...

Pero... ¡vamos! la sorpresa...

¡Si voy á volverme loca!

De alegría!... ¡Quién dijera!

¡Que Dios le premie en el mundo

Y le dé la gloria eterna!

Y apretando entre sus manos

Convulsivas la moneda,

Corrió por la calle abajo

Veloz como una saeta.

A la mañana siguiente

Se comentaba en la prensa

El hecho de haberse hallado,

En el quicio de una puerta,

¡El cadáver de una niña

Abrazada á una muñeca!

VITAL AZA.

A UNA NIÑA

Débil yedra, hija mía,
Son las mujeres,
Y los hombres son árbol
Robusto y fuerte...
¡Ay de la yedra
Que vive sin un árbol
Que la sostenga!

ANTONIO DE TRUEBA.

DOS DEFINICIONES DE INTERES

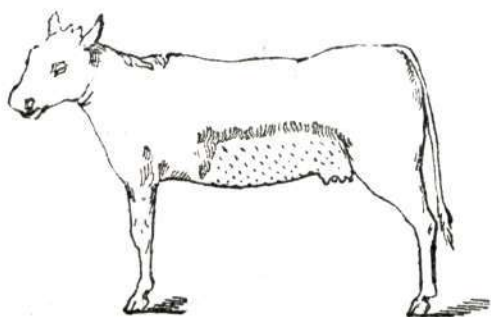
PARA LAS MADRES

Se llama *vacuna* la enfermedad pustulosa y contagiosa particular de las vacas, que, inoculada á los niños, les preserva de la viruela.

El *cow-pox* (de *cow*, vaca, y *pox*, viruela) es el nombre que se da en Inglaterra á la erupcion que se manifiesta en las ubres de las vacas y que contiene el virus vacuno.

El *horse-pox* (de *horse*, caballo, y *pox*, viruela) es la erupcion pustulosa vaccinógena que se desarrolla en todo el cuerpo, y particularmente en las piernas del caballo.

La *vacuna animal* es el virus trasplantado de la vaca á la ternera, y perpetuado por culturas sucesivas en la especie bovina.



Ternera vacunada

La vacunacion debe hacerse en los seis primeros meses de la vida. Se vacunará á los niños tanto más pronto cuanto en peores condiciones higiénicas se hallen colocados.

La revacunacion debe hacerse cada diez ó doce años, próximamente, y ántes si hubiera alguna epidemia de viruelas.

No olviden las madres que la vacuna es uno de los más señalados beneficios del género humano, uno de los más preciosos dones de la Providencia (I).

DR. RAMON SERRET.

(I) Quien desee adquirir algunos datos más sobre el particular puede leer el opúsculo titulado: *Guía del vacunador (Las dos vacunas)*, que se vende á 60 céntimos de peseta ejemplar.

LA LEY Y EL NIÑO

I

La ley positiva vela por el niño. Es para la legislación susceptible de derechos mucho ántes que la Sociedad y la Moral puedan imponerle deberes. En este concepto, es en el sér humano ántes el derecho que el deber moral y social.

II

En el claustro materno el niño tiene derechos, que hace efectivos por el solo hecho de nacer vivo. Desde la concepcion hasta el nacimiento obedece á leyes físicas necesarias.

Luego en el sér humano se da ántes el derecho que la inteligencia, la libertad, la voluntad y la responsabilidad.

III

El niño y la madre representan, en el órden religioso, científico, económico y jurídico, fines importantísimos, que, siendo idénticos unos y poco diversos otros, ayudan poderosamente á la formacion del gran estado humano; y, en este sentido, cuanto se hable, se escriba, se discorra y practique, todo es poco en beneficio de la madre y del niño.

FRANCISCO COUDER MORATILLA.
(Abogado.)

LOS CHICOS DE LA CALLE

Con el nombre de *chicos de la calle* se confunden categorías morales muy diversas. En la calle está el niño que por descuido de sus padres no va á la escuela; el que no asiste por falta de vestido ó de calzado, ó de local en que se le admita gratuitamente, siendo él muy pobre para pagar retribucion alguna; el que tiene alguna ocupacion á las horas de clase; el rebelde que prefiere el castigo, la holganza y la libertad á la sujecion y el trabajo del aula. En la calle está el niño que da el mal ejemplo y el que le sigue; el que se deja llevar á una accion culpable y el que le arrastra á ella; el que se entretiene en saltar ó en ver lo que pasa, y el que juega á los naipes y hace trampa; el que mira los juguetes ó los dulces que hay en un escaparate, y el que piensa cómo se apoderará de ellos sin ser visto; el hijo de padres que le enseñan prácticamente el mal, y el que es malo á pesar de las amonestaciones y de los ejemplos de su familia; el que curioso y el que hurta; el que pronuncia palabras obscenas sin saber todavía su significacion, y el que practica ya malas obras y se ha iniciado en los misterios del vicio y del delito.

Estas y otras variedades del *chico de la calle* se barajan, se confunden, se contagian más ó menos activamente, segun mil circunstancias que, si no son casuales, no están al menos influidas por voluntades rectas

y entendimientos claros. Cuando se considera la impresionabilidad, el instinto de imitacion, la tendencia á dejarse llevar de los apetitos, la falta de principios y de fijeza en las ideas que hay en la niñez; cuando se observa la influencia que ejercen en los niños todavía candorosos y tímidos esos pilluelos osados, con aires de suficiencia y de maestros, y que pueden serlo ya en muchos géneros de maldades; cuando se calculan las tentaciones y los medios de resistir á ellas; la proximidad y la frecuencia de los malos ejemplos; la eficacia mayor que tienen los dados por personas de la edad de quien los recibe; cuando todo esto se tiene en cuenta, admira los chicos de la calle que se salvan y son hombres honrados, no los que se pierden miserablemente.

CONCEPCION ARENAL.

UN CONSEJITO

Á ENRIQUETA...

Si alguno de tus chiquillos
coge ó toma una rabieta
porque recuerda la teta...
ó porque pide barquillos;
y al ver llanto tan injusto
quieres tú calmar un poco
su tema dándole un susto,
te advierto que es de mal gusto
decirle *que viene el coco*.

¡El coco...! Será un señor
cruel, inmundo y contrahecho;
mas confieso sin temor
que el daño que á mí me ha hecho
no ha sido cosa mayor.

Si no logras hacer buenos
tus niños ó los ajenos
usando dulce vocablo,
no hagas que teman al *diablo*,
y al *hombre barbudo* ménos;
que así hubieron de asustar
al chico de Pepe Rico,
y éste, al volver de Ultramar,
se tuvo que rasurar
Para besar á su chico.

Hoy en la infantil edad
hay tanta precocidad,
que el *hombre negro* y el *oso*
y el *diablo* más espantoso
nos dan risa, la verdad.

Dí, pues, en lo venidero
al nene que lllore fiero,
si con mimos no se alegra:
«¡Mira que viene la suegra!»
«¡Mira que viene el casero!»
y verás en un instante
muerto de miedo al infante;
y usando de este resorte,
harás que su llanto corte
y se quede tan campante.

Te lo digo como amigo
que quiere evitar tus daños;
y esto que en verso te digo,
es lo que hicieron conmigo
cuando tenía dos años.

Con la suegra y el casero
me lograron asustar;
mas de un modo tan certero,
que aún hoy de susto me muero
cuando los oigo nombrar.

JUAN PEREZ ZÚÑIGA.

VOX POPULI

«Padre no tuviste, madre no temiste, hijo mal despericiste.»

El primer principio que ha de tenerse presente para la educacion intelectual y moral del niño, es el de autoridad: principio que las criaturas reconocen natural y prontamente, y que jamás ponen en duda como sea bien dirigido, pues bien pronto se acostumbran á obedecer por instinto y sin razonar en todo cuanto la cariñosa madre le ordena, siempre encaminado á su bienestar. En la infancia no hay idea del deber ni del derecho; no hay más idea que la que sugiere el instinto de la debilidad, que por la comparacion de estatura, de fuerza, de timbre de voz y otros atributos, le hacen comprender que, pequeño é incapaz de manejarse completamente solo, necesita el apoyo de la madre para muchas cosas, viéndose con qué naturalidad alarga su manita para bajar la escalera un niño, qué alegremente salta por toda la casa, subiéndose, encaramándose por sillas y mesas en busca de un juguete ó una golosina.

Ahora bien; si este instinto se aprovecha con talento por una madre cariñosa, ¿cuánto se tendrá adelantado para la educacion intelectual y moral, haciéndole obedecer ciegamente los mandatos y advertencias de su querida madre, que le presta apoyo en su debilidad, de que tiene idea?

Esta obediencia ha de ser ciega, despojada de la idea de obligacion y manteniendo vivo el sentimiento de la autoridad paterna; haciendo contraer el hábito de la obediencia, los niños se prestan dóciles á lo que es necesario; los mimados é indómitos se rebelan, no se someten, y por esta causa ven no pocas veces comprometida su vida. ¿Cómo se logrará que un niño tome una medicina salvadora? ¿Cómo le hará soltar prontamente su atribulada madre un arma homicida cogida por descuido, si el niño no está educado á respetar la voz de aquella, que desde lejos le compele á dejarla en el acto? ¿Cómo se ha de librar de caer en un precipicio, en un estanque, si corriendo desolado tras de una pintada mariposa ó en busca de la pelota que delante lleva rodando, no está acostumbrado á detenerse á la voz medio suplicante, pero enérgica, de la madre, que ve el peligro cerca y sólo con un grito ha de detener la carrera de su pequeño hijo?

No sólo es conveniente el ejercicio de la autoridad para la educacion fisica, sino tambien para la moral; pues dispensando de toda discusion pueril por no ser capaz el niño de seguir la hilacion de las ideas ni comprender toda la trascendencia de lo que se le manda, no ha de dar tal discusion otro resultado que provocar la resistencia, exaltar el amor propio y agriar su carácter, llevándole por un camino penoso, largo y lleno de contradicciones y palabrería, que no siempre va exenta

del engaño, al punto, que con más facilidad llega sin esfuerzos y por inclinacion, acostumbrado á la obediencia sin razonamientos que no están á su alcance. ¡Es preciso! ¡Esto no puede ser! Estas dos brevísimas frases son los dos principios de la educacion infantil: de cualquier modo que se discurra no se encontrará otra regla más sencilla, ni más racional, ni más en armonía con las disposiciones y las facultades de la primera infancia. Puede asegurarse que *todo niño lloron ha sido mal educado*, y el mejor medio de evitar que lloren los niños, es conducirles por el fácil y descansado camino de la autoridad. Dice Mad. Necker: «Lo que se doblega no puede servir de apoyo, y la infancia quiere apoyarse. . . .

. . . . ¿Cómo quereis, pues, que os tenga por madre?»

DR. GABRIEL DE ALARCON.

LA PATERNIDAD

De todos los goces que el hombre puede experimentar en este mundo, que por algo se ha llamado *valle de lágrimas*, ninguno tan inmenso, tan puro y tan legítimo como el de la paternidad. Goce que presenta un sin número de manifestaciones: cuando dais á vuestro hijo un primer beso; cuando veis el primer diente que blanquea entre aquellas tiernas encías; cuando pronuncia la primera palabra, siquiera sea confusa; cuando da el primer paso. . . .

Después... el niño ha crecido, va á la escuela, el maestro os habla con entusiasmo de su aplicacion, de sus dotes naturales, de lo mucho que aventaja á sus compañeros, de sus aptitudes para la aritmética, la gramática y la geografía. . . .

Mas ¡ay! no todo son satisfacciones en la vida de un padre; que estos goces y estas alegrías tienen, como

contrastes, otros momentos que turban su tranquilidad: la eleccion de nodriza (la madre es, sin duda, la mejor, pero no siempre puede criar); los mil accidentes á que se halla expuesta la vida del tierno sér (la mortalidad de los niños menores de cinco años equivale al 50 por 100 de la cifra total de defunciones); su educacion higiénica, científica y sentimental. . . .

Ved aquí, apénas esbozados, los asuntos que discuten y están llamados á resolver periódicos como LA MADRE Y EL NIÑO. Leedlos, que no es poco lo que en ellos podeis aprender.

DR. M. CARREERAS SANCHIS.

ESTADO SANITARIO

Segun la *Revista de Enfermedades de Niños*, el estado sanitario de la infancia en Madrid ha sido como sigue:

«Continúan presentándose muchos casos de sarampion, si bien benigno, dejando consecutivamente bronquitis crónicas, capilares y neumonías; y á consecuencia de los bruscos cambios de temperatura en todo el mes y de los vientos frios, obrando sobre el delicado y susceptible organismo del niño, muchas bronquitis, fiebres catarrales, gástricas y reumatismos. Los catarros intestinales han sido tambien frecuentes. Han disminuido mucho las anginas diftéricas, faríngeas y laríngeas, que tan frecuentes fueron en los pasados meses. Son más frecuentes las dermatosis escrofulosas y herpéticas. Principian á presentarse fiebres intermitentes de diversos tipos, por lo que aconsejamos á las madres no permitan á los niños la estancia en los paseos ántes de las diez de la mañana, hora en que los efluvios palúdicos ya han descendido, ni despues de las cinco ó seis de la tarde, en que, principiando á enfriarse la atmósfera, descienden aquéllos.

» Esto resulta de lo observado en el Hospital del Niño Jesus, salas y consulta pública, en la inclusa y la clínica particular por los doctores BENAVENTE, GONZALEZ ALVAREZ, GONZALEZ PEREZ, LOPEZ PUMARES, MAENZA, PEREIRO PULL, RIBERA, TIerno y TOLOSA LATOUR, redactores de dicha Revista.»

Madrid: 1883. — Enrique Teodoro, impresor, Amparo, 102, y Ronda de Valencia, 8

LA MADRE Y EL NIÑO

Esta REVISTA mensual, que ha alcanzado desde los primeros números un extraordinario éxito, consta de las siguientes Secciones: **Revista general**, donde se reseñan los hechos más culminantes del mes.—**Errores populares**, en ella se combaten las perniciosas preocupaciones que tanto abundan.—**Preceptos de la Ciencia**, destinada á dar consejos de higiene y educacion de gran interes. La prensa periódica los transcribe constantemente.—**Junto á la cuna**: en esta seccion se insertan bellas poesías, artículos en prosa, así como indicaciones de gran importancia para el recién nacido.—**Cuadros reales**, donde se describen escenas de todo género con escrupulosa verdad.—**Beneficencia**, donde se tratan los asuntos relacionados con este importante ramo.—**Pensamientos y frases**, que recoge rasgos de eminentes autores.—**Dichos y hechos**, que hace las veces de gaceta, dándose cuenta de cuantas obras nuevas se publican relacionadas con el punto de vista especial que nos ocupa, así como insertándose en el **Correo** lo referente á la Correspondencia general.

Cerca de *sesenta autores* firman en los números anteriores, honrando con su colaboracion á LA MADRE Y EL NIÑO. El presente número da cabal idea de la importancia de sus firmas.

ADVERTENCIA IMPORTANTÍSIMA. — El exceso de original, y el deseo de que este número *extraordinario, dedicado al pueblo* (del cual se ha hecho una tirada de 40 000 ejemplares), tenga la mayor lectura posible, nos obliga á suprimir los anuncios en beneficio del lector.

Se publica, por ahora, en cuadernos de 16 páginas en 4.º, á dos columnas, con cubierta de color, papel satinado, buena impresion, llevando grabados cuando lo exija el texto.

EN TODA ESPAÑA. { Un semestre. 4 pesetas.
 { Un año. 6 —

ANUNCIOS Á PRECIOS CONVENCIONALES. — LA SUSCRICION EMPIEZA EN 1.º DE ENERO

REDACCION Y ADMINISTRACION

CALLE DE ATOCHA, NÚM. 96, CUARTO SEGUNDO, DERECHA

— MADRID —